

EL HOMBRE QUE NACIÓ MAÑANA

LAW SPACE

Estoy nervioso, muchísimo, ¿y quién no lo estaría en mi lugar? Cualquiera de ustedes tendría los nervios deshechos si se encontraran en mi situación. Y, sin embargo, esto es lo peor, tengo que seguir con muchísima atención el zumbido intolerable de las máquinas, calculadoras electrónicas, que me rodean. Me encuentro en el centro de una enorme habitación, casi cuadrada, de unos quince metros de lado. Las paredes, claro está, no se ven. Están cubiertas, de arriba a abajo, de estos poderosos ingenios que no hacen más que guiñar cientos de miles de ojos electrónicos como si en el fondo se estuvieran carcajeando de lo especial de mi situación.

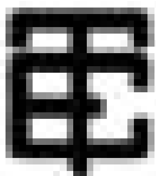
Y, como estoy seguro de que ustedes se estarán preguntando cuál es mi problema, creo que lo mejor es empezar por el principio y decirles, así, de golpe, que voy a casarme. No, por favor, no sonrían.



Law Space

El hombre que nació mañana

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 332



ePub r1.0

LDS 14.01.19

Título original: *El hombre que nació mañana*
Law Space, 1964
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



EL HOMBRE que nació MAÑANA



CAPÍTULO PRIMERO



o puedo trabajar como Dios manda.

Estoy nervioso, muchísimo, ¿y quién no lo estaría en mi lugar? Cualquiera de ustedes tendría los nervios deshechos si se encontraran en mi situación. Y, sin embargo, esto es lo peor, tengo que seguir con muchísima atención el zumbido intolerable de las máquinas, calculadoras electrónicas, que me rodean. Me encuentro en el centro de una enorme habitación, casi cuadrada, de unos quince metros de lado. Las paredes, claro está, no se ven. Están cubiertas, de arriba a abajo, de estos poderosos ingenios que no hacen más que guiñar cientos de miles de ojos electrónicos como si en el fondo se estuvieran carcajeando de lo especial de mi situación.

Y, como estoy seguro de que ustedes se estarán preguntando cuál es mi problema, creo que lo mejor es empezar por el principio y decirles, así, de golpe, que voy a casarme. No, por favor, no sonrían.

Margaret, mi encantadora prometida, me espera dentro de dos horas en el pequeño y escondido templo donde va a celebrarse la ceremonia de nuestra unión. Margaret es una muchacha alta, esbelta, con una hermosa cabellera dorada y unos ojos azules de una profundidad abismal. Es doctora en Medicina y nos conocimos, a finales del otoño del año pasado, 1980, en una pequeña playa de Florida.

Yo acababa de ponerme el traje de baño y me dirigía despacio hacia el mar. El tiempo era esplendido, pero no había demasiada gente tendida sobre la arena. A la mala costumbre de no separarme nunca de un libro debo, ésa esa verdad, el haber encontrado a la que muy pronto será mi mujer. Al salir de mi cabina particular, di unos cuantos pasos y en seguida abría el libro que llevaba en las manos. Era una novela policíaca. Después de pasar meses y meses buceando en gruesos volúmenes de Electrónica y de cálculos ultra veloces, da gusto abrir uno de esos libros en que el problema es sólo uno: hallar al criminal, encontrar al culpable. De todos modos, para confesar la verdad, hay veces que no encuentro placer en esas lecturas de tipo detectivesco. Acostumbrado a los cálculos de probabilidades, es bastante raro que no encuentre yo al criminal antes de acabar el tercer capítulo. Y eso, en verdad, me estropea el placer del suspense, malogrando por completo el interés que hasta entonces había puesto en la obra. Por suerte, eso no sucede siempre y, en aquel momento, como lo recuerdo ahora con claridad, el escritor había conseguido subyugarme con un tema en el que, a pesar de estar ya en el capítulo doce, seguía sin tener idea de quién era el culpable.

Distraído, absorto por completo en la lectura, mientras avanzaba paso a paso hacia el mar, tropecé, cosa que suele ocurrir casi siempre, con alguien que estaba tendido en la playa tomando el sol con una toalla sobre el rostro.

Mi caída debió ser muy divertida, porque en seguida oí una risa cantarina, musical, pero que no dejó de hacer que me sintiera un tanto avergonzado.

Al levantarme, mis ojos se cruzaron con los de Margaret. En ellos se reflejaba el cielo azul, la lámina verdosa del mar, pero con mayor intensidad e inmensidad como si en aquellas pupilas todo se viera aumentado, dilatándose hasta el infinito. No soy poeta, ni

muchísimo menos, pero me quedé con la boca abierta, respirando con dificultad, sin saber qué decir.

Fue ella la que, después de hacer morir la risa Cantarina en sus hermosos labios, me preguntó:

—¿Se ha hecho usted daño?

—No —me apresuré a contestar, al mismo tiempo que me incorporaba, ya que la posición en que había quedado era bastante ridícula.

Y entonces empezamos a conversar.

Dos semanas después éramos ya novios formales y empezamos a vernos cada vez con mayor frecuencia, pues teníamos a nuestro favor el hecho de que ella trabajase en un hospital, en Boston, a menos de tres cuartos de hora del lugar donde está situado el Instituto Tecnológico de los Estados Unidos, en el que un servidor de ustedes trabaja de la mañana a la noche.

Las máquinas calculadoras zumbaban.

En cualquier otra ocasión no hubiese sentido la angustia que experimentaba en estos últimos tiempos, desde que se encargó al Instituto Tecnológico de los Estados Unidos el estudio de ese pavoroso fenómeno que amenaza con exterminar a nuestra civilización y a nuestra vida. Es algo que tengo que explicar a ustedes con todo detalle para que comprendan en qué extraña e insólita situación se encuentra el mundo en este año de 1981.

Es una realidad pavorosa.

Hace ahora una década, en 1971, empezaron a observarse en ciertas regiones de la Tierra una serie de alteraciones en las plantas que, poco después, se dio por llamar la «Peste Negra».

La cosa parecía empezar al surgir en las hojas de los vegetales unas manchas marrones que iban volviéndose negras con rapidez y que terminaban corroyendo los vegetales como si se tratase de una horrible enfermedad cancerosa.

Se había estudiado mucho el cáncer sobre el reino vegetal, aunque no se logró hallar un equivalente al cáncer animal. Parece ser que las plantas son muchísimo más resistentes que nosotros a esas enfermedades de tipo embrionario y que, por lo tanto, se defienden bastante bien de toda clase de tumores. Basta pasear por un bosque para ver, de vez en cuando, en el tronco de un árbol una especie de protuberancia monstruosa que trae a la imaginación la

idea de un tumor. Y eso es, en realidad, ni más ni menos. Claro que el árbol vive, aísla el tumor y se defiende de una manera maravillosa sin el peligro que la misma causa produciría en un organismo animal y, sobre todo, en el cuerpo humano:

Pero ustedes también deben saber que los vegetales tienen un punto débil, un lugar de menor resistencia, como dicen los técnicos, algo tan delicado que es, sin embargo, el principio y el fin de su propia vida. Me refiero a las hojas. Esas partes verdes de las plantas son capaces de sintetizar unas substancias químicas bajo el influjo de la luz solar. Es estúpido que hable yo aquí de la función clorofílica que tiene para un vegetal el ver afectadas sus hojas por esta rara enfermedad a la que Se ha dado el calificativo de «Peste Negra».

Como he dicho antes, el problema empezó hacía diez años y en la actualidad, ha alcanzado proporciones horripilantes. Más de dos tercios de la vegetación que cubría generosamente la tierra ha desaparecido. Esto significa que nuestro ciclo vital está en peligro y que, si no conseguimos escapar de esta terrible trampa, la especie humana desaparecerá para siempre de la superficie de nuestro planeta.

Además de los alimentos que directamente nos proporcionan los vegetales, éstos sirven como alimento y base de nutrición a los animales que, a su vez, proporcionan la carne. Es un ciclo maravilloso de la naturaleza que, para nuestra… desgracia, se ha roto por uno de los lados y de la misma forma que han desaparecido miles y miles de especies vegetales, se han borrado de nuestro globo las estampas clásicas de aquellos animales domésticos que tanto alimentó nos proporcionaban. Es rarísimo, amigos míos, ver una vaca, un cordero, un cerdo…

¿Que cómo nos las hemos arreglado hasta ahora?

No ha sido fácil, se lo aseguro. Por el momento, el mar ha sido nuestra extraordinaria despensa y de él hemos sacado los alimentos que nos faltaban por otro lado. Pero cuando estábamos ya reducidos a una alimentación de tipo marino, cuando el mundo estaba realizando experimentos para variar el sabor de las carnes de los animales de los océanos, cuando ya estábamos dispuestos a no volver a tomar más vegetales ni animales de tipo terrestre, he aquí que la fauna y la flora de los grandes mares empieza a experimentar

una regresión alarmante. Durante estos diez años, las flotas pesqueras se han centuplicado y el mar, ese inmenso tesoro que ha sido siempre una base de la riqueza y de la alimentación del hombre, ha empezado a resentirse y es muy probable sea cierto lo que las máquinas calculadoras nos informan al respecto: es decir, que antes, de quince años habrá cientos de especies marinas desaparecidos y que, hagamos lo que hagamos, no tenemos salvación.

Algunos sabios, después de profundas investigaciones en los océanos, han descubierto que la base de alimentación de los peces de todas las especies, las plantas submarinas, empiezan a padecer una enfermedad que posee todas las características de la «Peste Negra». Y eso es alarmante en sumo grado. Porque a pesar de que el mundo ha racionado su alimentación como en los peores tiempos de las guerras pasadas, el hambre empieza a surgir de nuevo en un tiempo en el que, gracias a los avances técnicos, había sido combatida con entera eficacia.

Lo que están haciendo las máquinas calculadoras que me rodean es, sencillamente, ir estudiando los problemas de la desaparición de los vegetales, ya que les suministramos una serie de datos, desde todos los puntos del globo, que las máquinas analizan y pueden predecir, de una manera casi matemática, la reducción espantosa que a cada momento se produce.

No es, como ven ustedes, un sitio alegre y gozoso para un hombre que va a contraer matrimonio dentro de dos horas. Todo lo que me rodea infunde pesimismo, desesperación y llevo aquí mucho tiempo, estudiando y analizando, proporcionando cálculos a otros equipos que, a su vez, los envían a todos los Gobiernos de la Tierra para que los hombres responsables de cada uno de ellos puedan saber y conocer al minuto el estado de los depósitos alimenticios que, desdichadamente, van reduciéndose a pasos agigantados.

Se han inventado infinidad de cosas.

Se empezó primero por las pastillas de albúminas, de proteínas y de grasas. Se trabajó en los laboratorios químicos para lograr la síntesis de todas aquellas sustancias que pudieran alimentar el cuerpo humano sin necesidad de vegetales o animales terrestres. Se pulverizó el pescado para fabricar pastas nutritivas y se aprovecharon escamas y espinas, no desperdiciando ni lo más

mínimo. Se han hecho enormes depósitos de «plancton», esa sustancia nutritiva, formada por millones de animales microscópicos, que flotan sobre los mares. Se ha intentado sacar azúcar de los compuestos de carbón, se ha vuelto a intentar extraer una especie de harina del serrín de la madera. ¡Qué sé yo! Se ha trabajado a la desesperada, sin descanso, día y noche, buscando una fórmula para salvar a esta pobre Humanidad que, en contra de todas las previsiones, va a morirse… de hambre.

Hay quien dice, aunque no en voz alta, que esta nueva enfermedad, que ha caído sobre los vegetales y que los destruye de una manera tan fulminante, que ha caído sobre los vegetales y que los destruye de una manera tan fulminante, es una degeneración producida por el empleo de la energía atómica para mejorar las razas y las especies de plantas, como se ha venido haciendo desde casi 1950. Pero no lo creo. Lo que ocurre es que la gente busca alguien sobre el que hacer recaer la culpabilidad a cuantas calamidades ocurren en el mundo. Y olvidan que la energía atómica, sabiamente empleada, nos ha proporcionado cosechas fantásticas, nuevas clases de frutos, más nutritivos y abundantes de los que conoció el hombre antes de iniciarse la Era Atómica.

Pero ahora, en estos momentos, ¿qué importa todo lo que se pueda decir y pensar?

¡Nada!

Éste es el mundo en el que me encuentro, amigos míos. Ustedes, los hombres de 1964, no han llegado todavía a este momento estelar de la Humanidad. Algunos de ustedes, ahora jóvenes, quizá lo vean. Pero lo curioso es que cuando lleguen aquí, si es que ya no están entre nosotros, puede que no se den cuenta de la trágica realidad de esta situación de la que, por desgracia, no vamos a encontrar ninguna salida.

Acabo de echar una nueva ojeada a mi reloj y veo que el momento de prevenir al profesor Kumbell, de que tengo que irme, ha llegado.

Él ya sabe que voy a casarme. Tuve que rellenar no sé cuántos papelotes y hacer una instancia, casi por completo cubierta de pólizas, para pedir permiso al Instituto Tecnológico. Y no crean ustedes que estemos sometidos a ningún régimen tiránico ni nada parecido. Lo cierto es que el personal de este Instituto ha sido

movilizado, casi militarizado, para que los gobiernos del mundo estén informados, a cada instante, de la marcha pavorosa y rapidísima de la «Peste Negra».

Sólo he conseguido que me den tres días de permiso, pero pienso aprovecharlos lo máximo posible. Y la idea de encontrarme lejos de aquí, fuera del zumbido de estas máquinas que no cesan de guiñar sus ojos multicolores, mil veces por minuto, me proporcionará un descanso semejante a aquellas vacaciones que conseguí el año pasado, cuando conocí a Margaret.

Entonces, por fortuna, todavía no nos habíamos encargado de resolver el problema de los cálculos de disminución de las reservas vegetales y, por lo tanto, pude disfrutar de quince días de permiso, en aquella hermosa playa de Florida, donde creo que conocí, y perdonen ustedes la petulancia, a la mujer más maravillosa del mundo.

Antes de abandonar la sala, examino con atención concentrada los resultados obtenidos que aparecen grabados en las últimas cartulinas que han vomitado, por sus bocas metálicas, las máquinas calculadoras.

Conozco la distribución de las perforaciones de memoria y esto me permite, en cierto modo, saber hasta qué grado van mal las cosas. No es extraño por lo tanto que frunza el ceño mientras recojo las cartulinas para pasarlas a la última máquina, situada a la derecha, que es la clasificadora; la que va a darme las fichas exactas de la distribución de vegetales en cada una de las grandes regiones de cultivos de nuestro mundo.

En cuanto haya hecho esto, iré a decir al profesor Kumbell que me largo.

No quiero hacer esperar a la novia.

Una vez con las fichas en la mano, ya clasificadas y computadas por la única máquina electrónica capaz de hacerlo, abandono la sala y aviso a uno de mis compañeros para que me sustituya. Es un joven alto, con unos cabellos de color pajizo, unos ojos verdes y una nariz enorme, pero simpatiquísimo.

Me estrecha la mano y me dice, con una sonrisa burlona en los labios.

—Que tengas mucha suerte, Peter.

Porque así me llamo, amigos. Soy Peter Cawell, ingeniero de

primera en el Instituto Electrónico de Boston, Estados Unidos,

* * *

El profesor Alfred Kumbell, un hombre macizo, de anchas espaldas, cabellos canosos y rostro agradable, me recibe como siempre, con un gruñido. Ni siquiera levanta la cabeza de los papeles que está consultando y de las fichas cuya computación repasa. Hay ocho pantallas de televisión en su gran despacho y cada una de ellas está conectada con una serie de satélites artificiales que le proporcionan, al instante, las imágenes de la terrible destrucción que la «Peste Negra» está llevando a cabo en las grandes extensiones cultivadas de los Estados Unidos. De la misma manera, técnicos de otros países, examinan, sobre semejantes pantallas de televisión, la evolución de la enfermedad maligna.

Y les aseguro, amigos míos, que una ojeada a esas pantallas no es algo que proporcione optimismo, ni muchísimo menos. Me detengo junto al borde de la mesa y digo, en voz apenas audible:

—Profesor…

Alfred Kumbell levanta la cabeza y me mira con fijeza. Hay en sus pupilas un brillo que refleja a las claras la actividad intensa de este cerebro privilegiado que posee. Estoy casi seguro que está pensando en mil cosas, al mismo tiempo, mientras contempla mi rostro en el cual esbozo una sonrisa, la más cordial posible, como si quisiera hacerme entender, con ese simple gesto, que debo irme a toda velocidad para llegar, a la hora precisa, al lugar donde me espera Margaret Sullivan, que a partir de esta tarde se llamará Margaret Cawell.

Pasan unos segundos de silencio intolerable. Por fin, el profesor Kumbell parece haberse fijado en mí. Y casi en seguida, de golpe, me espeta:

—¡Magnífico, Cawell! ¿Está usted preparado?

—Sí, señor —respondo, muy seguro de que está hablando de mi matrimonio.

—Entonces, ¡vámonos!

—¿Es que va a venir usted conmigo a la ceremonia? —le pregunto, extrañado y sabedor de que no puedo disponer de un solo segundo.

—¿Qué ceremonia?

—La de mi boda.

Lanza una carcajada, no muy larga, pero sí lo bastante intensa para ponerme los pelos de punta.

—¡Está usted de broma, Peter! El cohete interoceánico nos espera. Dentro de veinte minutos, si no me equivoco, el profesor Hans von Klüber va a intentar operar al único hombre que puede salvarnos: al profesor en Fitología, Jean Lemain.

Me quedo de una pieza.

Pero Kumbell no me deja ni abrir la boca. Me coge por el brazo, me saca casi a rastras de su despacho y, momentos después, un helicóptero, que hemos solicitado de la terraza del Instituto Tecnológico, nos lleva en línea recta a la base de vuelo, donde un enorme cohete intercontinental nos espera. Y antes de que pueda decir al profesor Kumbell que hay una mujer que va a desesperarse, con razón, esperando al hombre de su vida, estamos ya sobre el Atlántico, cruzándolo a una velocidad terrible, subiendo y subiendo, casi en vertical, para después, el vuelo planeado, posarnos sobre la base aérea cercana a la ciudad de Berlín.

CAPÍTULO II



l Hospital Central de Berlín, uno de los más importantes del mundo moderno, estaba situado en las afueras de la ciudad, ocupaba la totalidad de un edificio de veintiséis pisos, completamente pintado en blanco. Mientras un helicóptero nos trasladaba desde la base aérea hasta la terraza del hospital, yo no me molesté en decir una sola palabra a mi acompañante, el profesor Kumbell.

Durante el cortísimo tiempo en el cohete intercontinental, había tenido el suficiente para amargarme sobre aquella interrupción del matrimonio. Y sabiendo de sobra que no había nada que hacer, al menos por el momento, en cuanto subimos al helicóptero me puse a pensar en aquel profesor Jean Lemain, en aquel francés maravilloso que era, como había afirmado mi maestro, la única persona del mundo que podría evitar la desaparición de la raza humana, en nuestro planeta.

Jean Lemain debía tener por entonces unos cuarenta y ocho

años de edad. Alto, delgado, con un corte aristocrático en el rostro, una noble mirada en sus ojos azules, las sienes plateadas, pero el resto de los cabellos de un color negro intenso que afirmaban su origen meridional: había nacido en Marsella, era la primera autoridad mundial en Fitopatología y sabía sobre enfermedades de las plantas más que nadie.

Desde que se descubrieron los primeros brotes de la «Peste Negra», Jean Lemain fue una de las muchísimas personas que se inclinaron sobre el microscopio electrónico para estudiar a fondo el proceso de aquella terrible plaga.

Y, mientras todos fracasaban tras haber realizado miles y miles de experiencias, Jean Lemain había descubierto una sustancia, una especie de hormona, capaz de detener, en cierto modo, el avance de la terrible enfermedad.

Cuando anunció su descubrimiento al mundo, miles de profesores y de especialistas visitaron su laboratorio, situado en los alrededores de París. Una ola de entusiasmo y de esperanza recorrió el viejo mundo y todos lanzaron un profundo suspiro, como alguien que acaba de quitarse un enorme peso de encima.

Pero entonces ocurrió lo imprevisto.

Jean. Lemain, el gran Jean Lemain, no pudo recibir a sus numerosísimos visitantes ni admiradores. Por una desgracia todavía inexplicable, había tropezado al bajar del laboratorio, cuando salía de uno de los ascensores, y cayó al suelo donde quedó sin conocimiento. Cuando lo recobró, padecía una amnesia y había olvidado, en consecuencia, la fórmula de la maravillosa hormona capaz de detener la marcha de la terrible «Peste Negra».

Así se hace la historia, amigos míos. De repente, cuando todo parece encaramado a solucionar un grave problema para la humanidad, surge un imponderable, una minucia, una pequeñez, acto tan simple, estúpido, sin importancia y que, sin embargo, acaba, de golpe, con todas las esperanzas que los hombres hubieran podido forjarse.

De nada sirvieron los exámenes que sufrió el profesor Lemain y aunque los mayores y los mejores especialistas del mundo en procesos cerebrales lo visitaron, aplicándole toda clase de tratamientos, no se consiguió nada positivo.

Lemain seguía sumido en aquella especie de estupor, como

adormecido, hablando de manera lenta, él que era tan vivaz y tan rápido de expresión. Sin recordar nada, no ya la fórmula de la hormona, sino cualquiera de los conocimientos que había ido adquiriendo a lo largo de una vida consagrada por entero al estudio de las enfermedades en las plantas.

Estaba en conocimiento de la proposición que el profesor alemán Hans von Klüber había hecho a la comisión internacional encargada ex profeso de cuidar al profesor Lemain. Ya comprenderán ustedes que jean Lemain se había convertido, de la noche a la mañana, en una personalidad preciosa, en algo de valor incalculable, en la única chispa de esperanza que quedaba para la pobre Humanidad. Cuando aquellos serios señores escucharon la atrevida proposición del profesor von Klüber, temblaron de pies a cabeza, ya que el cirujano germano deseaba, ni más ni menos, intervenir en el cerebro de Lemain, para tratar de localizar la causa directa de aquella amnesia y conseguir que el genio galo recobrase la memoria.

Después de larguísimas reuniones, de conferencias y de charlas, el Comité Internacional tuvo que aceptar el riesgo y se decidió a dejar en las manos del profesor Hans von Klüber aquella vida que era, en todos los aspectos, la vida de todos nosotros. La de todos los seres humanos que empezábamos a padecer, de manera cada vez más aguda, el fenómeno del hambre, como heraldo de la agonía que nos estaba esperando, escondida en el curso de los tres próximos años.

Porque no duraríamos más.

Las máquinas electrónicas que yo manejaba no podían mentir. Nuestros cálculos, exactos, matemáticos, decían sin lugar a duda que a finales del año 1983 la existencia de plantas, vegetales sería solo un recuerdo para los humanos y que, a partir de aquel momento, la «Peste Negra» se extendería por los océanos, acabando a su vez, en menos de un año, con toda la vida que palpitaba en el seno ondulante del agua.

Una vez que el helicóptero se hubo posado en la terraza del enorme hospital, el profesor Kumbell y yo descendimos del aparato y tomamos uno de los ascensores que nos condujo con rapidez al piso donde estaba situado el enorme quirófano, quizá más grande que un teatro, en el cual iba a practicarse la peligrosa intervención

que debía sufrir Jean Lemain.

Alrededor de la mesa de operaciones, formando una inmensa gradería, se extendían los pupitres que iban a ocupar las cinco mil personas invitadas a la experiencia.

Y sobre cada uno de los tableros de las mesas, una pantalla de televisión debía seguir las incidencias de la intervención quirúrgica, paso a paso, con un enfoque perfecto; permitiendo observar el trabajo prodigioso, así lo esperábamos todos, de las manos del profesor Hans von Klüber.

Una vez sentado en mi sitio, al lado del profesor, mi animosidad hacia él desapareció como por ensalmo. Comprendí entonces cuánto debía agradecerle que me hubiera traído aquí, demostrándome así la amistad que experimentaba hacia mí.

Hombres de todas las razas, seres de todas las nacionalidades, guardaban un silencio profundo esperando el momento en que el profesor von Klüber comenzara la intervención sobre Jean Lemain, cuyo cuerpo estaba ya extendido sobre la mesa de operaciones; por el momento, cubierto por un blanco lienzo, cuyo simbolismo me hizo, muy a pesar mío, estremecer.

Y la operación empezó.

Se iluminaron las miles de pantallas de televisión y los presentes se inclinaron sobre sus mesas, siguiendo anhelosos los movimientos ágiles de las manos del germano. Primero apareció la cabeza de Jean Lemain, luego sólo su cráneo y por fin, cuando los modernos trépanos levantaron un círculo de hueso, vimos palpitar, todos a un mismo tiempo, y sin duda con idéntica emoción, las delicadas circunvoluciones cerebrales de aquel hombre.

No pude por menos de pensar que bajo aquella sustancia, que se movía al ritmo del corazón, se encontraban las ideas maravillosas, la fórmula genial que haría posible que una Humanidad condenada a muerte pudiera salvarse.

Hans von Klüber trabajó durante cerca de tres horas.

Durante aquel tiempo, nadie se atrevió a respirar fuerte, ni a levantar la cabeza de la pantalla azulada donde, a todo color, se veía el campo operatorio. El silencio era tan intenso que hacía daño y parecía como si todo, incluso la vida, estuviera suspendido de un hilo, flotando sobre nosotros como algo extraño a nosotros mismos, en un fenómeno de desdoblamiento que tenía algo de mágico y de

colosal.

Cuando el profesor suturó la herida, colocando una lámina de platino sobre el sitio donde antes había un círculo de hueso, con unos doce centímetros de diámetro, las cámaras enfocaron su rostro sudoroso y él, con aire cansino, se quitó la mascarilla de gasa que cubría la parte inferior de su cara.

Aparecía fatigado, como envejecido de pronto y todos comprendimos, con angustia, que el resultado de la operación no era, ni muchísimo menos, el que él y nosotros esperábamos.

Su voz surgió de los minúsculos altavoces situados al lado de las pantallas de televisión.

—He fracasado —dijo sin ambages—. Yo tenía una gran seguridad en la existencia de algún cuerpo extraño que, alimentando la presión normal del cerebro, hubiera producido un fenómeno de congestión y bloquease el camino de las fibras de asociación. Pero no hay nada de eso. Sin embargo —agregó, después de unos instantes de emocionante silencio—, ahora puedo hacer un diagnóstico seguro de la enfermedad, puesto que no es otra cosa, que padece el profesor Jean Lemain.

Se hubiera podido oír el vuelo de una mosca si en nuestra época las moscas no hubieran desaparecido por completo.

—Jean Lemain —siguió diciendo el germano— padece una enfermedad que no ha sido descubierta más que hace unos dos años. Se trata de una dificultad de irrigación general en el cerebro. Es una desgracia que aún no hayamos encontrado medicamento alguno para aumentar el riego sanguíneo en esta parte noble del cuerpo humano. Se han hecho algunos ensayos, pero ninguno de ellos ha dado buenos resultados. Por lo que he podido estudiar sobre casos semejantes, algunos amigos míos, dedicados de lleno a la Farmacología, han afirmado que dentro de pocos años tendremos una droga para solucionar por completo esta clase de fenómenos patológicos.

Y entonces, un hombre se levantó frente a mí, en uno de los graderíos más bajos, casi a la altura del quirófano.

—¡Yo puedo saber cuándo va a descubrirse esa droga! —gritó.

Conmocionados nos volvimos todos hacia él, pero las cámaras de televisión nos llevaron su imagen a las pantallas que teníamos delante de los ojos, sobre las mesas.

Yo vi entonces un hombre de unos cincuenta años de edad, calvo por completo, con ojos un tanto oblicuos, nariz ancha, orejas pequeñas y adosadas al cráneo. Había visto aquella cara alguna vez; pero no pude recordar dónde y cuándo. Trataba de recordar cuando el hombre se presentó:

—Soy el profesor Igo Ivanowicht, de la Universidad Electrónica de Moscú. Como todos ustedes saben, he dedicado mi vida al estudio de la prospección del tiempo. Mis máquinas electrónicas de cálculo no se aplican al presente, sino al futuro. Muchos de ustedes sabrán que he predecido hechos que debían de ocurrir, sin fallar uno solo. Y también saben todos ustedes que no se trata de magia ni de nada semejante, sino de aprovechamiento del espacio y del tiempo, que al ser la cuarta dimensión del universo, puede investigarse como una cualquiera de las otras tres.

Era cierto.

Entonces recordé haberle visto en una emisión especial de televisión, en directo desde Moscú, que se reprodujo en todas las emisoras del mundo. El profesor Ivanowicht había conseguido, en efecto, hacer que sus calculadoras electrónicas trabajasen dentro de la única dimensión del tiempo. Y era también cierto que había predecido infinidad de pequeños hechos que luego se cumplieron de la misma manera y en el mismo tiempo que él había fijado.

Las cámaras enfocaron un momento al profesor Hans von Klüber que, con un gesto de asentimiento, dijo:

—Perfectamente, profesor Ivanowicht. Le ruego que tenga la amabilidad de proporcionarnos esos datos cuanto antes.

—Será cuestión de unos minutos, señor. —Repuso el ruso—. Voy a llamar por visófono a mis ayudantes y tendremos la respuesta de las máquinas electrónicas de aquí a quince minutos.

Necesitábamos ese descanso.

Eran demasiadas emociones las que acabábamos de experimentar y todos, como de mutuo acuerdo, empezamos a hablar, los unos con los otros, comentando lo ocurrido. Hicimos cábalas sobre lo que podía obtenerse de aquel profesor ruso y sobre lo que luego podría llevarse a cabo una vez obtenida la respuesta de las máquinas calculadoras. Porque si la fecha que marcaban los «robots» era bastante próxima, se podría conservar el cuerpo del profesor Lemain, con todo cuidado, hasta que alguien en el mundo

descubriera aquella sustancia capaz de curar la enfermedad que padecía. Y una vez que Lemain recobrase la memoria, bastarían un par de meses para que éste pusiera a la disposición del mundo la hormona que acabaría para siempre con la espantosa «Peste Negra».

A pesar de que charlábamos con gran animación, aquellos quince minutos me parecieron los más largos de toda mi vida.

El profesor había abandonado la sala y cuando volvió, un silencio completo se hizo en el enorme anfiteatro. De nuevo las pantallas de televisión reflejaron el rostro del profesor Ivanowicht, aunque nadie pudo adivinar en la expresión estólida que ofrecía un dato que anunciase, por anticipado, si la cosa que iba a comunicarnos merecía, la pena ser escuchada.

—Señores —dijo el ruso—: Acabo de recibir la contestación exacta que han obtenido mis máquinas calculadoras. Me duele, en verdad, tener que pronunciar las palabras que voy a expresar de aquí a unos instantes; pero lo que puedo asegurarles, mis queridos colegas, es que no existe la posibilidad de error en cuanto a la respuesta obtenida por las calculadoras electrónicas. Según ellas —agregó, después de una pausa emocionante— la sustancia que necesitamos para reanimar el cerebro del profesor Lemain será descubierta… en el año 2055.

Una exclamación de decepción brotó de todas las bocas.

—¡El año 2055! Para entonces, pensé con intensa amargura, no haría falta que nadie descubriese nada; ya no habría posibilidad de tal cosa, porque el último hombre, sabio o tonto, profesor o labriego, habría dejado de existir desde muchísimo tiempo antes.

CAPÍTULO III



bandoné la sala inmensa, como hicieron casi todos los asistentes, ya que el profesor von Klüber nos rogó que así lo hiciéramos. Ellos iban a mantener una reunión extraordinaria; nosotros salimos a pasillos, y nos dirigimos hacia los bares. Marchábamos de un lado para otro, examinando los que no conocíamos el hospital, la maravillosa organización que allí reinaba.

Pero en el fondo, estábamos deprimidos por la sorprendente respuesta que las máquinas calculadoras del profesor ruso habían dado. Todas nuestras esperanzas se fundieron, de repente, como la nieve que recibe la fuerte caricia de un sol intenso.

Después de unos cuantos minutos de vagar de un lado para otro, por los pasillos soleados del hospital, descubrí una sala de comunicaciones y pedí, urgente, una conferencia por visófono con los Estados Unidos.

Había recordado, de repente, que Margaret debía haberme

estado esperando y quise calmarla, confiado en que sabría perdonarme.

Me dieron primero una comunicación directa con el hospital de Boston donde yo trabajaba. Allí, una simpática enfermera me explicó que la doctora Sullivan no había aparecido en el hospital. Luego llamé a su domicilio, pero tampoco obtuve recompensa a mis anhelos. Durante muchísimo tiempo, el aparato llamó y llamó hasta que, por lo visto, una vecina comprensiva descolgó el teléfono y pude ver su imagen en el visófono que había ante mí.

—Soy Peter Cawell —dije.

Ella sonrió.

—Le conozco, profesor —repuso—. ¿Qué desea?

—¿No ha regresado Margaret a casa?

—No, señor Cawell. No la hemos visto. En realidad esperábamos verla a su lado. ¿No se casaban ustedes hoy?

—Sí, pero el deber me obligó a partir hacia Berlín, donde me encuentro ahora. ¿Quiere usted hacerme un favor, señora?

—Con mucho gusto.

—Tenga la amabilidad de decir a mi prometida, en cuanto regrese a casa, que la llamaré esta noche, hacia las once. ¿Lo hará?

—Cuente conmigo.

—Muchísimas gracias.

Una vez la comunicación cortada, me pregunté desesperado dónde podría encontrarse Margaret en aquellos momentos. Era evidente que, al no verme acudir a la iglesia donde debía de celebrarse la ceremonia, ella debió haber regresado a su casa. Y aunque enfadada, como era natural, me hubiera gustado ver su rostro y que ella viera el mío, con la seguridad de convencerla de la verdad, de que no había sido posible eludir la invitación que me había hecho mi jefe, el profesor Kumbell.

Entristecido, volví a pasearme por los pasillos y fue así a uno de los bares donde se encontraban muchísimos de los hombres que habían asistido a la intervención quirúrgica del profesor Klüber. Tomé un jugo sintético de naranja, recordando, con verdadera tristeza, la época en que aquellos líquidos eran obtenidos de la propia fruta. Esto me hizo pensar de nuevo en el problema que padecíamos todos los humanos y me pregunté, con verdadera ansiedad, cuál sería el resultado de la reunión que debía estar

celebrándose, en aquellos momentos, en alguna sala del inmenso hospital.

De repente, uno de los altavoces llamó:

—¡Atención! ¡Atención! Se ruega al profesor Peter Cawell que se presente en la sala de conferencias número tres.

Me sobresalté el que fuera a mí y no otro cualquiera a quien se llamara en esta ocasión. Un ordenanza me guió muy amable hasta la sala donde se me reclamaba. Y una vez dentro, vi a seis hombres reunidos, entre los cuales se encontraba el profesor Kumbell, acompañado por el cirujano von Klüber, el ruso Ivanowicht y tres más a los que yo no conocía.

Fue mi jefe, Alfred Kumbell, quien me hizo un gesto indicándome una de las sillas que estaban vacías alrededor de una mesa de colosales dimensiones. Todos me miraban inquisidores.

Aquello, para decir la verdad, no me gustó en absoluto. Sin embargo, dominándome, ocupé el asiento que me había señalado Kumbell y esperé, armándome de paciencia, a que se rompiera el silencio que parecía gravitar sobre nosotros como una piedra.

Entonces habló Kumbell:

—Voy a presentarle a alguien, Peter —me dijo, con una sonrisa que imaginé bastante forzada—. Este señor, sentado a mi derecha, es el profesor Keisuke Isomoto, de la Universidad de Tokio.

En aquel momento me di cuenta de que, en realidad, había un hombre de raza amarilla entre los presentes. Le miré, sonriendo e inclinando la cabeza a guisa de saludo. Él me imitó, pero su sonrisa no fue más que una ligera y casi imperceptible mueca.

—El profesor Isomoto —prosiguió diciendo Kumbell— es un especialista de ciertas experiencias que han interesado muchísimo a la Humanidad en los últimos tiempos. Siguiendo las teorías relativistas, en las que se han logrado perfeccionamientos prácticos muy interesantes, Isomoto ha conseguido comprobar al detalle la contracción del tiempo a velocidades que puedan aproximarse a la de la luz. Usted ya sabe —prosiguió explicando, sonriendo ahora con franqueza— que cuando un móvil se desplaza en el espacio a una velocidad cercana a los trescientos mil kilómetros por segundo, el tiempo relativo para los que van en ese móvil se reduce, de tal forma que, tal y como enunció Einstein, alguien que abandonase la Tierra a esa velocidad y volviera al cabo de un cierto tiempo, vería

con sorpresa que habían transcurrido años en la vida de los terrícolas mientras que la suya se había modificado en una cantidad de tiempo muchísimo menor.

Hice un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Ahora —prosiguió Kumbell—, el profesor Isomoto va a decirle algunas cosas interesantes.

Miré al japonés.

Éste, después de frotarse las manos, cosa que me hizo pensar en alguien que estuviese a punto de realizar un buen negocio, empezó a hablar con una voz dulce, no muy alta, pero cargada de una indudable armonía.

—Hoy día —me dijo—, el Japón ha lanzado cerca de sesenta satélites artificiales, treinta de los cuales están bajo mi directo control, a los que he sometido a aceleraciones múltiples, consiguiendo velocidades que han llegado bastante cerca del límite de la luz. Por desgracia, no me ha sido posible utilizar hasta el presente a más que animales domésticos: los pocos que nos quedan y cultivos de seres unicelulares; pero las experiencias han demostrado de una manera clara y terminante que Einstein no se había equivocado en absoluto y que la contracción del tiempo es un hecho.

Hizo una pausa, para proseguir luego:

—Algunos animales, cuya edad había podido determinar con exactitud, antes de llevarlos al espacio y sobre todo los cultivos microbianos de los que tenemos una idea clara del tiempo en que tardan en proliferar, me han demostrado correctamente una serie de valores, alguno de los cuales voy a comunicarle ahora mismo para que se dé cuenta de la importancia de los hechos que le estoy comunicando.

»Para una velocidad de cien mil kilómetros por segundo, existe una relación de

8-400

; esto quiere decir, mi querido amigo, que alguien que esté en el espacio, a esa velocidad, durante un tiempo 8, verá al regresar a la tierra que ha transcurrido un tiempo 400. Para hablar más claro y de manera más sencilla: el piloto de una nave que se trasladase a cien mil kilómetros por segundo y realizara un viaje de ocho años, al regresar a la tierra vería que habrían transcurrido cuatro siglos.

¿Me entiende?

—Bien. Siga, por favor, su explanación —contestó.

—A doscientos mil kilómetros por segundo —prosiguió diciendo el nipón— la relación es de

8-800

; o sea: cada ocho años de viaje interplanetario corresponden a ochocientos años de tiempo transcurrido en nuestro planeta. Con estos datos, ya comprenderá usted, no lo dudo, que hemos descubierto lo que tantas veces se ha dado en llamar «La máquina del tiempo». En realidad, la construcción de esa máquina es del todo imposible; para desplazarse dentro de esa cuarta dimensión del espacio, no hay más que un medio: acercarse el máximo posible a la velocidad de la luz.

Yo conocía todo aquello, pero me mostré de verdad interesado por los descubrimientos del profesor Isomoto. El tema era emocionante y así debió leerlo él en la expresión que adquirió mi rostro. Pero no dijo ni una palabra más. Fue Kumbell, con una mirada brillante en sus ojos, quien atrajo de nuevo mi atención.

—¿Estaría usted dispuesto a hacerlo, Cawell? —me preguntó.

De momento, palabra de honor, yo no entendí ni muchísimo menos los propósitos directos que me sugería mi jefe. No había asociado en absoluto las palabras del japonés a las que Kumbell acababa de pronunciar. Por eso, frunciendo e] ceño, respondí:

—No entiendo, profesor…

—Va a comprenderlo en seguida, Peter. Usted ya sabe, puesto que ha asistido a la intervención quirúrgica del profesor von Klüber, que no hay más que una manera, según ha dicho el profesor Ivanowicht, de poder salvar a Jean Lemain. Necesitamos esa droga, Cawell. De ello depende la salvación de la humanidad. ¿Lo entiende ahora?

—Eso sí que lo entiendo, señor.

—Pues lo otro es tan sencillo como lo que acabo de enunciar. Necesitamos a un hombre, a una persona dispuesta a utilizar los descubrimientos del profesor Isomoto para ir al futuro en busca de esa droga.

Entonces lo comprendí.

Una especie de escalofrío me recorrió la espalda, Recuerdo que me estremecí de pies a cabeza y debí expresar mi asombro de tal

manera que los presentes tuvieron que hacer un esfuerzo por no sonreír.

—Pero… —balbucí— ¿se da usted cuenta de lo que me pide, profesor Kumbell?

—Pues claro, mi joven amigo. Ya sé que le he fastidiado a usted su boda; pero podemos permitir su matrimonio mientras el profesor Isomoto dispone el satélite en el que sería usted lanzado.

¡Casi nada!

Iban a dejarme pasar unas horas junto a Margaret para luego lanzarme al espacio; no como un astronauta corriente, cosa que no me hubiera molestado lo más mínimo, sino como un viajero del espacio; conseguir que mi nave aumentase de velocidad hasta que adquiera la suficiente para proyectarme hacia el futuro. Puntualizando: hacia aquel año 2055 en el que, según las predicciones de las máquinas del profesor Ivanowicht, se descubriría la droga necesaria para sacar de su sopor y de su amnesia al magnífico Jean Lemain.

Ustedes, ¿qué hubieran sentido en mi lugar?

Como yo. Es lo más probable.

Me asusté. No es que por aquel entonces ningún humano, yo incluido, tuviera que aferrarse a la vida con una desesperación tremenda, ya que íbamos a perderla, era algo inexorable, dentro de pocos años. Pero, digan lo que digan esos que creen en los héroes de novela, un hombre prefiere vivir, aunque no sean más que tres años, antes de jugarse el pellejo en una experiencia que puede acarrearle la muerte en unos segundos.

Eso fue lo que atravesó mi mente en breves momentos.

Pero casi, en seguida, mientras contemplaba los estólidos rostros que tenía ante mí, encontré la fórmula fácil y sencilla de demostrar a aquellos hombres de ciencia que se habían equivocado.

Porque también los sabios se equivocan. Y ellos habían cometido un error tan gigantesco que estuve a punto de lanzar una carcajada. Aunque, reservándome, me limité a decir:

—Quiero que me escuchen un momento, señores. Estoy dispuesto a llevar a la práctica lo que ustedes me proponen; pero ¿han pensado en lo absurdo de esta empresa?

Kumbell me miró con fijeza:

—¿En qué la encuentra usted absurda, Cawell?

—En conjunto. Parece que ustedes han olvidado las circunstancias que estamos atravesando; al querer mandarme a la primera mitad del próximo siglo, olvidan por completo que ya no habrá nadie sobre la tierra; que habremos desaparecido, y por lo tanto, no encontraré a nadie capaz de descubrir esa droga que necesita el profesor Lemain.

Fue el japonés quien sonrió.

—Una excelente respuesta, mi querido colega —dijo—. Pero ¿quién de nosotros se atrevería a predecir con certeza el futuro?

Mi respuesta fue rápida:

—Sus máquinas electrónicas pueden hacerlo, profesor Ivanowicht.

El ruso meneó la cabeza.

—Eso es cierto —suspiró, vencido.

Pero el japonés no se dio por aludido y prosiguió, con su voz siempre melódica:

—Escúcheme usted, el señor Cawell. Hay algo que ustedes han olvidado y que echa por tierra los magníficos argumentos que ha esgrimiendo usted hace un instante en contra de nuestra idea. Una parte del libro que estoy escribiendo se dedica, precisamente, al estudio de algo que puede revolucionar, en un giro radical, la idea que tenemos del tiempo.

—¿Y eso qué es? —No pudo por menos de preguntar.

—El concepto de «instantaneidad». Según mi teoría, debido a la contracción del tiempo, cuando se mueve uno a la velocidad de la luz, todos los instantes de la Humanidad y del Universo se confunden. Es decir, se dan en el mismo instante. Alguien, suficiente poderoso, capaz de moverse a la velocidad límite, podría contemplar con asombro lo instantáneo del fenómeno tiempo.

Y así, borrando el pasado y el futuro, no quedaría más que un enorme y dilatado presente que es, después de todo y por extraño que parezca, la idea central y básica del tiempo eterno.

La cabeza me daba vueltas.

—¿Quiere usted decir que esos acontecimientos de futuro están ocurriendo ahora mismo? —pregunté con una expresión de asombro.

—Eso he querido expresar, mi querido señor Cawell. Usted sabe tan bien como yo que, por esencia es la noción de tiempo, esa

noción que nosotros los humanos poseemos, lo que es fundamento mismo de nuestra vida: desde el nacimiento hasta la muerte. Hay, por lo tanto, un tiempo humano. El tiempo animal es distinto. Baste un sencillo ejemplo. Usted conoce un insecto llamado efímera que nace por la mañana, se reproduce a mediodía y muere por la noche. Todo ese ciclo vital no dura más de doce horas. Por el contrario, algunas tortugas viven trescientos o cuatrocientos años. Una montaña puede vivir miles de años. Un astro millones o miles de millones. En eso se basa con certeza la relatividad del tiempo. Y nosotros, capaces de percibirlo y de medirlo, nos hemos acostumbrado a enfocar todo bajo nuestro exclusivo tiempo humano. Pero en realidad y es ése el descubrimiento más grande que creo haber hecho, es que el tiempo no existe. Todo ocurre en un mismo instante. He ahí mi teoría de la «instantaneidad».

Estuve a punto de exclamar que estaba loco de remate. Pero me abstuve. Las cosas que me estaban ocurriendo eran demasiado extraordinarias para que yo pudiera detenerme un instante en analizarlas con cierta lógica.

Por otra parte, la mirada de Kumbell se hizo suplicante y yo interpreté a la perfección cuál era su deseo. Entonces, por muy absurdo que parezca, me rendí.

—Está bien, señores. No vayan a creer que tengo miedo (en realidad lo tenía y por toneladas). Estoy dispuesto a realizar esa experiencia.

Las sonrisas brotaron isócronas sobre todos los rostros.

—No esperaba menos de usted, Peter —me dijo Kumbell, cuando abandonó su sillón y vino a darme las consabidas palmaditas en la espalda.

—¿Cuándo se llevará a cabo la experiencia, señor? —le preguntó, recordando de repente a Margaret.

—Eso tiene que fijarlo el profesor Isomoto. Nadie más puede decirlo.

Y el japonés lo dijo:

—Dentro de tres días estará preparado el proyectil espacial para usted, señor Cawell.

¡Tres días!

Pero tres días, lo crean ustedes o no, puede ser un tiempo maravilloso. Un verdadero paréntesis de alegría y de gozo para un

ser humano que, en el fondo, no es ni más ni menos que algo muy parecido a aquella efímera de la que me había hablado el japonés. También tenemos nosotros una mañana, en la que nacemos, un mediodía resplandeciente en el que vivimos con toda intensidad la corta existencia que nos es dada. Y, un atardecer, un crepúsculo donde tenemos que rendir el esfuerzo supremo para darnos cuenta de que el final se acerca.

Pero me estoy poniendo romántico en exceso.

Todos se acercaron para felicitarme. Y yo, que no quería desaprovechar ni un solo segundo de aquellos tres días de plazo que el implacable japonés me había dado, dije:

—Perdónenme, señores. Voy a tomar el primer cohete intercontinental para volver a los Estados Unidos, Dentro de tres días, exactamente, ¿dónde debo encontrarme?

—En Tokio —repuso el nipón.

—De acuerdo.

Y abandoné la sala.

Antes de dejar el edificio del hospital, pasé por uno de los bares situados a uno de los largos pasillos y bebí, tragué uno tras otro, tres vasos de alcohol. Los necesitaba.

Sentí un calorcillo agradable en el estómago y luego, una vez arrellenado a comodidad en el sillón del cohete intercontinental, entorné los ojos, logrando por suerte olvidar todos los problemas que quedaban atrás; en un Berlín que desapareció veloz tras nosotros. Conseguí que mi imaginación enfocase, con absoluta exclusividad, el rostro de una deliciosa mujer que pronto estaría a mi lado, a la que podría llamar mi esposa con el sumo cuidado de no decirle, hasta que llegase el momento, de que se había casado, en esta época de locura, sólo por treinta y seis horas…

CAPÍTULO IV



e pareció mentira experimentar tanto respeto cuando miré al proyectil espacial que se levantaba delante de mí en la base japonesa de Osaka.

Allí estaba: brillante como plata; rodeado todavía por el complicado andamiaje por el que dos ascensores subían y bajaban sin cesar; llevando técnicos para repasar con toda atención los mecanismos delicados de aquel monstruo de acero. Y en lo alto, en la misma punta, debía de encontrarse el pequeño cubículo donde yo debería instalarme para hacer un viaje espacial, como los cientos que se habían hecho en los últimos tiempos, sino algo peor: un viaje a través del tempo, a una velocidad infernal, para entrar en relación con una tierra, sobre la que ya habrían pasado muchos años, dentro de una incógnita sin solución.

Porque a pesar de las teorías del profesor Isomoto, yo seguía creyendo que la empresa que íbamos a acometer era una verdadera locura. Viajar hacia el futuro, cuando todas las máquinas

calculadoras de la Tierra daban respuestas exactas sobre lo poco que iba a durar la vida humana en este planeta, era una aventura temeraria, algo absurdo, incongruente, alocado… sin ningún sentido.

Todavía estaba perfumado mi espíritu con los recuerdos maravillosos de mi rapidísima boda, de la cortísima estancia que, junto a mi esposa, había pasado en Florida, en una vertiginosa luna de miel que había terminado cuando la miel empezaba justamente a endulzarme los labios.

Ahí residía lo más profundo de mi sacrificio. Porque si bien era cierto que millones de hombres iban a morir dentro de poco, cuando las reservas alimenticias terminaran, ellos, por lo menos, tendrían la posibilidad de vivir hasta los últimos instantes junto a sus seres queridos. En vez de eso, yo, el primero de los imbéciles, estaría vagando por el espacio y, si nada fallaba, visitaría un planeta donde todo signo de vida había desaparecido por completo. El profesor Kumbell había tenido la amabilidad de acompañarme hasta Tokio. Y ahora estaba junto a mí, mirando el artefacto tremendo que se levantaba delante de nosotros, pensando sin duda de la misma manera que yo, pero sin atreverse a expresarlo en voz alta.

¡El bueno de Kumbell!

Si él me había elegido, era porque me conocía y estaba, convencido que yo no podría negarme nunca a lo que él me pidiera. Habíamos trabajado demasiados años juntos y una intimidad, que nunca sin embargo dejó a un lado el respeto que yo sentía por él, había nacido entre nosotros y éramos, en el fondo, dos excelentes amigos.

En aquellos momentos el profesor Isomoto bajó en uno de los ascensores y se dirigió hacia nosotros, con una sonrisa de orgullo en los labios; satisfecho de su trabajo, como yo lo hubiera estado en su lugar de no haber tenido que penetrar en aquel artefacto que, dentro de poco, me llevaría fuera de la realidad y de la vida a la que tanto amaba en aquellos instantes.

—Todo está preparado —nos dijo—. Es la mejor nave espacial que se haya fabricado nunca.

Luego se lanzó a una serie de explicaciones, sobre las, dimensiones de la órbita, velocidades progresivas que el artefacto

iría alcanzando hasta, como dijo, conseguir aquella que produjera, como deseaba, la reducción de tiempo para colocarme, de nuevo en la Tierra, en el 2055.

Mientras hablaba, pareció el hombre más iluso que jamás hubiera conocido. Porque yo seguía aferrado a mis trece, sabiendo que iba a encontrar un mundo sin vida, un enorme desierto del que no sacaría nada de provecho. Recordando entonces que tenía que volver, sentí estremecimiento recorrerme la espalda y preguntó con voz ansiosa.

—¿Y el regreso, profesor Isomoto? Quiero convencerme de que estará previsto.

Sonrió.

—Todo está previsto, mi joven amigo. La cápsula superior le dejará sobre la superficie de la Tierra. Después, cuando usted haya acabado su misión, podrá encontrarla gracias a una especie de medallón que voy a proporcionarle que le orientará, en cualquier momento, hacia el sitio donde haya caído dicha cápsula. ¿Lo entiende?

—Creo que sí —suspiré.

—Entonces, ya puede irse preparando. La salida está prevista para dentro de veinte minutos.

Me volví hacia el profesor Kumbell.

Él me miraba como nunca lo hizo. Había en sus ojos Un brillo en el que la pena y la alegría se mezclaban de manera curiosa. Estaba más que seguro de la clase de sentimientos que el viejo Kumbell experimentaba hacia mí. Por eso no me extrañó el fuerte abrazo que me dio, oprimiéndome contra él, mientras hacía esfuerzos por disimular las lágrimas que se asomaban a sus párpados.

—Le deseo mucha suerte, hijo mío —me dijo.

—Gracias, profesor. Pronto volveremos a vemos.

—Eso espero.

Mientras, el terrible japonés me tiraba del brazo y no cejó en sus esfuerzos hasta conseguir que me dirigiera hacia uno de los ascensores. Allí subimos, los dos, dirigidos hacia la punta del terrible proyectil, del que, él mismo, abrió la portezuela para mostrarme la incómoda cabina, singularmente pequeña, donde yo debía estar sentado, en una posición especial, ya que mi asiento podía convertirse en cama y balancearse de un lado para otro para

evitar los fenómenos de gravitación universal.

Una vez que estuve colocado, fue él mismo quien ató los cinturones alrededor de mi cuerpo y sonriéndome, dijo:

—Le envidio, Cawell.

¡El muy cretino!

Me hubiera gustado decirle que ocupase mi sitio, ya que me envidiaba tanto, pero me limité a mover la cabeza y poco después, la puerta se cerraba, dejándome allí, completamente aislado del resto del mundo del que iba a separarme muy pronto y al que, si ocurría algo desgraciado, no regresaría jamás.

Mis últimos pensamientos, en aquella estrecha cabina, fueron para Margaret, Le deseé la mayor felicidad y me sentí orgulloso, un instante, de poder solucionar el problema que había caído sobre la pobre Humanidad. Si regresaba triunfante, no me importaba nada el éxito ni la fama que aquello me daría, sino la convicción de haber salvado a muchísimos seres humanos y, entre ellos, a Margaret. ¡Margaret querida!

Una especie de formidable rugido sacudió el colosal cohete. Luego, mientras ascendía hacia el espacio, las sensaciones que yo había estudiado y leído miles de veces se produjeron en mi organismo, de manera matemática. La aceleración, el mareo y el vértigo; la sensación de flotar cuando la gravedad desapareció aquella imagen de la Tierra que me apareció por el ojo de buey de mi cabina, viendo que como una espera flotaba en el aire, allá abajo, ligeramente azulada, con las manchas blancas de las nubes.

No sé cuántas órbitas describí en mi planeta. Poco a poco, noté que mi máquina iba acelerando, que los días y las noches pasaron a una velocidad tan vertiginosa que no pude por menos de pensar en lo que el profesor Isomoto me había hablado del tiempo y de su concepto raro de «instantaneidad».

Luego, pareció como si poco a poco mi cuerpo se fuera disolviendo en el vacío. Como si se desprendiesen los átomos primero de mi piel, luego de mis órganos, acabando por dispersarme en una especie de polvo cósmico, haciéndome pensar que el proyectil, debido a algún fallo, había terminado por confundirse con ese polvo impalpable que los antiguos creían que flotaba en los negros espacios intersiderales.

Al final, una especie de mano acerada me apretó la garganta y

sentí lo que debe de experimentarse cuando se muere por asfixia. Así, poco a poco, terminó de oír los latidos de mi corazón, me hundí en el profundo e insondable abismo de la nada.

* * *

Nunca olvidaré las sensaciones que experimenté en aquel espacio de tiempo, inconmensurable para mí, hasta que desperté. Fue como si me encontrara en el centro de un vértice que girase a velocidad vertiginosa sobre sí mismo, en un torbellino inacabable. Más tarde, muchísimo más tarde, pude explicarme lo que significaba todo aquello; pero los momentos en los que experimenté aquellas terribles sensaciones, cuando todo giraba a mi alrededor en una intensa negrura, cuando estaba bien seguro de que mi cuerpo se había deshecho, disolviéndose en átomos, cuando estaba del todo convencido de haberme desintegrado, los sufrimientos angustiosos que experimenté no pueden explicarse con claridad.

Es difícil poder decir qué se es y qué no se es al mismo tiempo. Y eso era lo que me ocurría. Por una parte, sentía que mi cerebro funcionaba, enfocado sólo hacia un punto, como si fuera arrastrado por el vértigo que sin cesar me rodeaba. Por otro lado, la seguridad absoluta de que mi cuerpo había dejado de existir, de que no volvería nunca a encontrarlo, de que jamás lo hallaría.

¿Pueden imaginar algo tan extraño?

Era como un espíritu descamado que flotase en espacio infinito.

Los recuerdos se habían borrado por completo de mi mente, aunque me sentía con fuerzas para encontrarlos con insistencia en el interior de mi memoria; la verdad era que no me importaban en absoluto en aquel momento. Mi cerebro, como he dicho antes, se hallaba proyectado única y exclusivamente hacia el movimiento vertiginoso que me rodeaba. Era como si un imán de poder indecible me atrajese sin soltarme, haciéndome describir círculos inacabables, avanzando hacia abajo como si me dejara deslizar por el interior de una de esas trombas marinas, un embudo de líquido y de agua, que me llevase hasta donde yo no sabía.

Si ahora me preguntaran el tiempo que duró todo aquello, sería incapaz de decirlo. Pero mientras descendía vertiginosamente en medio de aquél vértice enloquecedor, tenía la sensación íntima de

que el tiempo transcurría a la misma velocidad que cada uno de aquellos giros. Y, aunque quizá fuese el recuerdo reciente de las noches y los días que se sucedían a una velocidad increíble mientras la astronave giraba alrededor de la Tierra, comprendí que algo más estaba pasando y que, sobre todo, podía tener la completa y absoluta seguridad de que mi cuerpo ya no existía.

Y no me equivocaba.

* * *

Al abrir los ojos, lo primero que vi fue una superficie blanca, brillante, sobre mí. Luego, moviendo con precaución la cabeza de un lado para otro, me di cuenta de qué no podía incorporarme y que el cuerpo no me obedecía como yo lo esperaba. Por lo tanto, después de identificar la superficie blanca y brillante como la de un techo, vi las paredes, y algunos cuadros extraños y una ventana que daba a un extenso y amplio jardín donde las plantas ponían una nota verde, una larga y amplia pincelada que fue lo que me causó un efecto gozoso y amplio.

Cuando se ha vivido en una tierra que está muriéndose, cuando se han visto enormes extensiones que han dejado de estar cubiertas por la vegetación y se han convertido en desiertos áridos, en tierras hostiles e improductivas, al contemplar el verdor que yo tenía ante los ojos era algo en verdad maravilloso. Y aquello me alegró, mucho antes de que mi mente empezara a trabajar asociando las ideas, buscando en el fondo de la memoria los recuerdos que me hicieran comprender quién era yo, dónde estaba, cómo había llegado allí.

Pero aunque aquello hubiera sido lo que debiera haberme preocupado desde el primer instante en que abrí los ojos, no fue así. Todavía impresionado por la idea de haber perdido mi cuerpo, intenté moverme y, aunque lo logré, comprendí en seguida que mi organismo no me obedecía como antes y que algo raro, incomprensible, debía de haberme ocurrido.

El silencio que me rodeaba era completo.

Había quietud en la habitación en la que me encontraba y un sol magnífico penetraba por la ventana y pintaba, sobre el aire, ese universo minúsculo de puntos de polvo que tanto nos han divertido cuando éramos niños. Decidiéndome entonces, mandé una orden a

mi brazo derecho, haciendo, que mi mano se acercase para colocarse delante de mis ojos y que yo pudiera comprobar, con aquel pánico que sentía en aquellos momentos, que mi cuerpo no había desaparecido.

¡Pero fue peor lo que vi que lo que esperaba encontrar!

Mi mano estaba delante de mí, a menos de quince centímetros de mis ojos. Yo la veía, sin poder comprender lo que había sucedido para una transformación tan tremenda. Porque mi mano, amigos míos, era minúscula, pequeña, perfectamente hecha, con dedos minúsculos y uñas apenas perceptibles. Y les juro que tardé muchísimo tiempo en comprender que aquella mano, mi mano, la que yo contemplaba con los ojos muy abiertos, era la mano… ¡de un bebé!

Me estremecí de pies a cabeza.

Haciendo un nuevo esfuerzo, conseguí levantar un poco la cabeza, sin importarme nada el dolor que sentía en la nuca y entonces pude darme cuenta que lo que acababa de ver, momentos antes, no era ninguna alucinación. Allí estaba yo, mi pequeño cuerpo… ¡en una cuna! Y por lo que pude colegir, el cuerpo era el de un niño recién nacido, diminuto, arrugado aún y tan inútil como son todos los niños al nacer.

De ahí la dificultad de mis movimientos, el poco control que mi cerebro podía ejercer sobre todas y cada una de las partes de mi cuerpo. Comprenderán ustedes por tanto que estuve a punto de volverme loco.

¡Acababa de nacer!

Y sin embargo, mi cerebro funcionaba como el de un hombre adulto, con una enorme cantidad de recuerdos, con una educación y una cultura que me habían costado treinta años de trabajos ímprobos. La cosa me pareció chusca, absurda, y hasta creí que estaba soñando. Pero al cerrar los ojos, volviendo a abrirlos poco después, comprendí que no me había equivocado y que debido a un misterio, que por el momento no podía dilucidar, me encontraba en una cuna, en el interior de un cuerpo que no se parecía en absoluto al que yo poseía… ¿cuánto tiempo antes? No podía decirlo. La única cosa que podía obtener, como fantástica y horrible conclusión, era que el experimento del profesor Isomoto había fracasado y que yo, Peter Cawell, nacido en la ciudad de Boston, el

año 1951, había vuelto a nacer, no sabía dónde, no sabía cuándo, en cualquier fecha de un mañana al que, con seguridad no hubiera llegado jamás.

CAPÍTULO V



a puerta se abrió a mis espaldas.

Yo hubiese dado cualquier cosa por poder volverme, pero mi minúscula cabeza de bebé era incapaz de tales movimientos. Oí unos pasos que se acercaban y luego, de repente, ella apareció ante mí.

Había en sus hermosos ojos azules un brillo de triunfo, una, luz de ternura que no pudo por menos de impresionarme. Y se acercó a mi cuna, inclinándose sobre mí y mirándome, larga y profundamente, mientras una sonrisa encantadora se bordaba en sus labios.

—Cariño —dijo, con una voz cargada de emoción—. ¿Cómo te encuentras? Eres mucho más lindo que todos los niños que han nacido jamás. ¿Y sabes una cosa? Papá llegará hoy. No he querido avisarle hasta saber que ha terminado con su trabajo, de forma de no interrumpirlo. Pero, ahora viene, ya me lo ha dicho. ¡Vas a

conocer a tu papá, Robert!

Desde sus primeras palabras, me di cuenta de que me hablaba en francés, lengua que por fortuna yo conocía bastante bien. Pero de todos modos, a pesar de la claridad de las frases que había pronunciado, mi cabeza estaba hecha un verdadero lío. Y ya pueden comprender ustedes que no podía ser de otro modo, puesto que yo era un bebé, al que aquella mujer acababa de llamar hijo, aplicándome el nombre de Robert, siendo yo sin embargo, en lo más íntimo de mí mismo, Peter Cawell, un hombre hecho y derecho que había cometido el grave error de escuchar a unos cuantos profesores de la Tierra y me había metido en el jaleo más tremendo que imaginarse pueda.

Ella, la mujer, me miraba lánguidamente y así permaneció largo rato.

Yo hubiera podido contestarle, pero ya me había dado cuenta, desde hacía un buen rato, que mis cuerdas vocales no funcionaban y esto, era natural, debido a mi corta edad. Lo más fantástico era que mi cerebro había adquirido de nuevo todo su poder. Y esto, además de ser fantástico, era trágico en extremo.

¿Se lo pueden imaginar ustedes?

El cerebro y el espíritu de un hombre encerrado en el cuerpo reducido de un bebé. Parece fácil, ¿no es verdad? Sin embargo, es algo que no puede describirse, una especie de martirio, una tortura que ningún espíritu avieso se ha atrevido jamás a imaginar. Porque el cuerpo de un niño es algo tan inútil, tan elemental, tan torpe, que a mí me parecía estar atado de pies y manos, inmovilizado por una extraña y dolorosa parálisis que me retuviese allí, cuando mi cerebro deseaba movimiento, expresión, libertad. Pero ¿qué cara hubiera puesto aquella mujer si me hubiese oído hablar su propia lengua, cuando ella consideraba que yo acababa de nacer? Otras preguntas, tan angustiosas como ésa, borraban mi cerebro. Por ejemplo, ¿cómo había ido yo a parar al cuerpo de aquel niño? ¿Era mi madre aquella mujer que me miraba con tanta emoción? ¿Cómo era posible que el fenómeno de mi nacimiento estuviese unido al de mi proyección hacia el futuro?

Era para volverse loco.

Fue entonces cuando ella me cogió en sus brazos, meciéndome con dulzura. Luego me besó, diciéndome palabras cariñosas,

mientras se acercaba a uno de los ventanales que había en la amplia estancia que yo ocupaba. La situación, por encima de su aspecto trágico, me pareció burlona, cómica, descabellada. No tenía más remedio que pensar para mí, puesto que cuando intentaba hablar, ningún sonido concreto salía de mi boca, sólo ese pequeño rumor que suele escaparse de los labios de los niños pequeños.

Cuando ella se acercó al ventanal empujando con el codo la cortina blanca que lo cubría, pasamos a una especie de magnífica terraza desde donde podía contemplarse un paisaje repleto de verdor que me subyugó desde el primer momento.

Moviendo con gran esfuerzo mi minúscula cabecita, admiré aquello y, de repente, me sorprendí al descubrir, no muy lejos, algo que hizo que mi cuerpo se estremeciese de pies a cabeza.

Durante mi otra vida, perdonen si tengo que hablar así, pero he de llamarla de algún modo, yo había tenido la suerte de recorrer casi todo el mundo. Desde que entré a formar parte de los ingenieros del Instituto Tecnológico de Boston, hemos viajado, varios compañeros, para, montar máquinas semejantes en diversas naciones y esto hizo que conociera unas cuantas, casi todas, puesto que nuestras máquinas eran de las mejores que se fabricaban por aquel entonces.

Por eso, en cuanto vi aquel monumento, que todo el mundo conoce, incluso si no ha viajado, ya que el cine y la televisión lo han mostrado millones de veces, me quedé absorto, sorprendido. Ahora sabía con certeza en qué lugar de la Tierra, me encontraba y no me cabía la menor duda de que estaba en Grecia, en las cercanías de Atenas, ya que el edificio que estaba viendo delante de mí, sobre aquel montículo archiconocido, no era ni más ni menos, que el Partenón.

Antes de partir para este extrañe y fantástico viaje hacia el futuro, el profesor Isomoto me advirtió sin rodeos que la nave podía caer en cualquier parte de la Tierra. A pesar de los cálculos exactos, de las órbitas que se habían hecho, la aceleración a que estaría sometido el aparato, para acercarse a la velocidad de la luz, modificaría en cierto modo la trayectoria primaria y esto, según me dijo el japonés, podría hacer que el aparato, es decir, mi cápsula, se posase en cualquier parte del mundo, aunque era muy probable que cayese dentro de una faja, prevista con anterioridad, siempre en el

Hemisferio Norte.

En esto, Isomoto no se había equivocado.

Poco después de contemplar durante un momento el Partenón, en tanto que la señora que ahora era mi madre me mecía dulcemente, cantándome una canción muy tierna, mi atención se concentró en la verdura espléndida que cubría todo el llano que tenía a mis pies. Aquello significaba pura y simplemente que la «Peste Negra» había desaparecido.

Eran, por lo tanto, equivocados mis cálculos al pensar que iba a encontrarme, en el viaje al futuro, en un inundo desértico, muerto, por entero acabado donde ninguna criatura humana podía existir.

¿Qué había ocurrido?

Otra de las cosas que yo hubiera dado cualquier cosa por saber era la fecha en la que me encontraba. ¿Habían funcionado bien los aparatos y estaba, en efecto, en aquel magnífico año de 2055 en que según las predicciones del profesor Ivanowicht iba a ser descubierta la droga que curaría la enfermedad de Jean Lemain?

No lo sabía.

Desconocía, muchas cosas; es decir, lo ignoraba todo. Pero incluso si había arribado al mundo del futuro en el año previsto, ¿qué podía hacer un bebé acabado de nacer para conseguir apoderarse de aquella droga y volver al pasado, para solucionar el terrible problema que la Humanidad tenía planteado?

Esta idea me produjo una depresión espantosa.

Porque ahora, en aquel momento, yo estaba en el tiempo, en aquel tiempo humano que parecía tanto despreciar el profesor Isomoto. Para que yo fuese capaz de moverme, tenían que pasar años, los bastantes para que todo lo que yo había dejado detrás fuera destruido y el mundo perdiese la única oportunidad que se le había presentado. ¿Qué estoy diciendo?

Pienso en la destrucción del mundo y tengo, ante mis ojos, el espectáculo de una vegetación bellísima, algo que me demuestra a la perfección, que aquella terrible enfermedad ha sido vencida. Entonces, ¿por qué me preocupo? ¿Qué ha ocurrido en la Tierra para que aquella tremenda pesadilla desapareciera? Porque aquí, ante mí, se extienden las colinas verdosas, los árboles frondosos, plantas de todas clases, un mundo semejante al que yo conocía de niño, cuando fui niño por primera vez, antes de que se produjese la

aparición de la «Peste Negra».

La mujer, en cuyos brazos estoy, ha penetrado de nuevo en la estancia y se ha acercado a una especie de pantalla que se ha iluminado por sí sola, apareciendo en el recuadro el rostro de una mujer de cierta edad.

Yo me di cuenta de que aquello era una modificación avanzada de nuestros visófonos y no me engaño, ya que la mujer se acerca y dice, con una voz un tanto cambiada:

—Traiga el biberón, Gloria.

Gloria, con un sencillo vestido, apareció momentos más tarde. Yo tuve, por vez primera, que pasar la experiencia de ser alimentado, mientras mi cerebro seguía funcionando con normalidad, como lo son todos los niños. Al principio, me pareció sentir repugnancia hacia aquel alimento al que mi mentalidad no estaba acostumbrada, pero, después, poco a poco, el hambre de mi cuerpo, de mi diminuto cuerpo de bebé, venció todas las repugnancias y bebí con glotonería el contenido de aquel frasco, sintiéndome después tranquilo, sosegado, ahíto.

Ella me puso en la cama, me dio un beso en la frente y una especie de sopor se apoderó de mí hasta que, poco después, me quedaba profundamente dormido.

Desperté sobresaltado.

Alguien había gritado cerca de mí y abrí los ojos, viendo entonces el rostro de la mujer y junto a ella, un hombre, de excelente aspecto, ojos y cabellos negros, con la piel de un color oscuro, la boca bien formada, la nariz recta y la mandíbula prominente.

En los ojos de aquel hombre leí la sorpresa, el estupor, la extrañez. En los de su esposa, puesto que así debía ser, seguía luciendo la ternura con que me miraba, acompañada por aquella sonrisa que parecía no abandonar nunca sus hermosos labios.

—Pero María —dijo él—, ¿cómo es posible?

—¿Te extraña, verdad?

—¿Y cómo no había de extrañarme? Tú no puedes tener hijos, pequeña.

El rostro de ella se ensombreció un instante, pero aquello duró muy poco y de nuevo su faz se iluminó y sus ojos adquirieron el brillo de siempre.

—Sí, ya lo sé —repuso—. Pero la suerte no podía abandonarnos, Charles. Y he aquí la prueba. ¿Te gusta?

—Muchísimo. Pero, por favor, querida, ¿quieres explicarme lo ocurrido?

—Sí, Charles. Todo ha sido tan maravilloso como un sueño: Mathías paseaba por el final de nuestra posesión, junto a los límites del río, cuando vio un objeto brillante. Fue hacia allá y lo abrió con suma sencillez. En el interior estaba este bebé.

—¿De qué objeto se trataba?

—Mathías me explicó que era una especie de cápsula metálica. Yo hubiera querido verla también, pero él me dijo que apenas había sacado al niño cuando la cápsula se cerró automáticamente y se elevó, a gran velocidad.

—Todo eso es muy extraño, Marie.

—Sí, pero ¿qué importa? Tenemos al bebé, Charles, ¡a nuestro bebé!

El hombre frunció el ceño y me miró con fijeza. Luego, en voz baja, dijo:

—¿Es normal?

Ella se sobresaltó.

—¿Qué quieres decir? Claro que es normal, Charles.

—¿Estás segura?

—Explícate mejor o no te entiendo, querido. Si no hablar más claro…

—Escucha, Marie. Yo estoy tan contento como tú de que este niño haya llegado hasta aquí y de que ahora tengamos un bebé, un bebé nuestro. Sabes muy bien que lo hemos deseado durante muchísimo tiempo. Pero a pesar de la alegría que esto me causa, tengo que razonar, querida, compréndelo.

—Sigo sin entenderte.

—Pues es bien sencillo, amor mío. ¿Permitirás que el doctor Versal lo examine?

—¿Es que crees que está enfermo?

—No es eso, querida. Es una forma rara en la que este bebé ha llegado hasta aquí. Tú me habías dicho que Mathías había visto una cápsula y que la cápsula voló, por sí misma, alejándose de la Tierra. ¿No es eso?

—Sí, es eso.

—Entonces tienes que pensar que este niño ha podido venir de otro planeta. Imagínate que no es un niño humano, a pesar de su apariencia. ¿Te das cuenta ahora?

Ella se volvió hacia él, clavando en el rostro de su esposo una mirada decidida.

—Escúchame bien. Charles. Ya sabes todo lo que te quiero. Pero no intentes quitarme este niño por nada del mundo. Creo que cometería una barbaridad. ¿Entiendes?

—No temas, querida —la calmó él—. Yo sólo quiero tu felicidad. Ya lo sabes. Pero no debe molestarte que llame al doctor Versal y que éste examine al niño. Yo deseo, tanto como tú, que sea normal, que se trate de un ser humano…

—¡Estás diciendo cosas horrorosas!

—Comprende bien, cariño. No quiero ofenderte, ni hacerte daño. Si el doctor Versal lo encuentra normal a satisfacción, nos quedamos con él, ¿qué duda cabe?

—¿Y si el doctor Versal lo reconoce y no lo encuentra normal?

—No digas eso. A mí me parece un niño como los otros.

—Yo sé que es como los otros, Charles. Es tan normal como nosotros y no quiero preocuparme de cómo ha llegado aquí. He estado pidiendo un niño desde que nos casamos, hace nueve años. Día tras día, he soñado con tener un bebé en los brazos y ahora que la suerte me proporciona esa magnífica ocasión, no consentiré que nada ni nadie lo arranque de mi lado.

—No te preocupes, cariño. Voy a llamar por visófono al doctor Versal. No le diremos nada, en absoluto nada, de la manera en que ha aparecido. Podemos explicar que lo hemos adoptado, que una pareja de amigos nos lo ha cedido, ¿qué te parece?

—Es lo que íbamos a hacer, Charles. Ya sabes que estábamos dispuestos a comprar un niño a los esclavos.

—Sí, es verdad, pero esto no me agradaba. No hubiera sido un niño de nuestra raza, Marie, de nuestra clase. Ellos están tarados, envejecen antes de tiempo, son feos y muchas veces deformes.

—Ya lo sé.

—La manera de que este niño ha llegado aquí es bastante misteriosa, pero por su aspecto parece un niño de nuestra clase. ¿No es cierto?

Yo noté que el hombre se iba emocionando y que, en el fondo,

deseaba al bebé tanto como su esposa. La escena, dura al principio, fue endulzándose y, por fin, el hombre se acercó al visófono y habló durante unos instantes, volviendo luego al lado de su esposa.

—Versal llegará en seguida, querida.

—De acuerdo, Charles. Ya verás como yo tengo razón.

—Es lo que más deseo, cariño. Pero, por favor, no menciones nada de lo ocurrido. ¿Y Mathías?

—Volvió a su choza.

El hombre frunció el ceño, y su mirada, por un instante, cobró un aspecto metálico, de una dureza indescriptible.

—Tendré que silenciarle, Marie. Si hablase…

—¿Crees que lo haría?

—No lo sé. De todos modos, no puedo exponerme a ningún peligro. ¿Sabes que el jefe viene a Atenas dentro de una semana?

—¿De veras?

—Sí. Y si lo hace es porque me aprecia. Me ha hablado de entregarme el gobierno de toda esta parte de Europa, ¿qué te parece?

—¡Maravilloso!

—Ahora tengo un hijo, Marie. Esto quiere decir que mi ambición ha de multiplicarse. Porque cuando yo falte, quiero que este pequeño, que nuestro hijo, sea uno de los hombres más poderosos de la sociedad futura.

—¡Cómo me gusta oírte hablar así!

—¿Le quieres tanto?

—¡Muchísimo!

El hombre siguió preguntando:

—¿Más que a mí?

—¡No seas tonto! Mi cariño hacia el niño es muy distinto al que experimento hacia ti. Y tú lo sabes, sólo que te gusta hacerme hablar. Te quiero mucho, Charles.

Y ahora, por raro que parezca, te quiero mucho más, lo que explica harto claro que mi corazón, aunque compartido por dos cariños distintos, es capaz de sentir mucho mejor que antes.

—Me gusta saberte tan feliz.

—No puedes imaginarte lo dichosa que soy. Es como si el mundo se hubiera iluminado de repente para mí. Ya no tengo envidia de las mujeres que pasean a sus bebés y que me miraban, de

soslayo, percatándose de mi inferioridad. Ahora soy como ellas. Charles. ¡Yo también tengo mi bebé!

El médico llegó veinte minutos más tarde. Me cogió, me desnudó, me colocó con suavidad sobre una mesa y me examinó, de arriba abajo con una curiosidad verdaderamente profesional. Poseía aparatos electrónicos que yo desconocía, con los cuales me auscultó, observó mis ojos, me midió el cráneo, el tórax. Examinó con un minúsculo aparato de rayos X mis articulaciones. Me sometió a un examen exhaustivo.

Luego, con una sonrisa en los labios, miró a los dos esposos que, cogidos de la mano, le miraban ansiosos.

—Mi enhorabuena, amigos míos. Es un bebé de constitución normal.

—¿Pertenece a nuestra casta? —inquirió Charles.

—No hay ninguna duda. No se nota en él ninguna de las degeneraciones que pueden verse en los niños de los esclavos. Tiene un perfecto organismo; lleno de salud, pictórico de vitalidad.

La mujer me cogió en sus brazos; apretándome con fuerza contra, su pecho.

—¡Ya te lo decía yo, Charles! —exclamó—. Es un niño maravilloso, ¿cómo no podría ser nuestro bebé?

—Tienes razón, querida.

Momentos después, el médico abandonaba la casa. Mi padre, así tengo que llamarle desde ahora, le acompañó y yo me quedé en los brazos de mi madre, de aquella mujer que, a pesar de las cosas que yo había oído, me amaba con ternura, con ese cariño que sólo puedes sentir las madres. Aunque sean de mentira…

CAPÍTULO VI


cabo de cumplir cinco años.

¡Cinco años ya!

Lo peor de todo es que no he avanzado nada en la misión que me encomendaron en el pasado. Para que ustedes se den cuenta, voy a explicarles que la finca de mis padres, una enorme extensión de terreno, está alejada de la ciudad y nunca me han llevado a ella.

Desde el principio, aunque me cuesta trabajo confesar, cuando debí hacerlo, desde que tuve uso de razón, que en realidad lo tuve desde el momento en que nací, me he percatado de una serie de cosas extrañas, complejísimas, que mi permanencia en esta finca aislada me ha impedido comprobar en la práctica.

Estos últimos cinco años, que me han parecido cinco siglos, han pasado con una lentitud desesperante. Y es que he tenido que hacer un verdadero esfuerzo para disimular que poseía un cerebro perfectamente desarrollado. Cuando empecé a hablar, cuando ya mis cuerdas vocales funcionaron sin trabas, tuve que vigilarme

mucho, ya que me vi obligado a pronunciar las pocas palabras que un bebé de mi edad está autorizado a decir. Sin poder olvidar las palabras que mi padre dijo, cuando me conoció, no podía cometer el error de demostrarle que era una criatura privilegiada, un niño monstruoso capaz de expresarse con la misma facilidad que un adulto.

Sí, he tenido que vigilarme muchísimo.

De todas formas, mis padres estás más que orgullosos de mí. He aprendido a leer y a escribir a una velocidad vertiginosa y ellos me miran, arrobados, maravillados, comprendiendo que soy algo formidable.

De no haber tenido que permanecer aquí encerrado todo el tiempo, aunque dispongo de un hermoso jardín y de una cantidad extraordinaria de juguetes, que en definitiva me aburren, hubiera aprendido muchas cosas de este mundo al que he venido a parar de forma tan extraña, Pero vuelvo a repetir que mis padres me vigilan y no puedo abandonar la finca, ni siquiera los alrededores de la casa, ya que siempre tengo a mi madre a mi lado, vigilante, afable y cariñosa, pendiente de mis menores movimientos.

Sin embargo, a pesar de mi encierro, he llegado a comprender que el mundo ha cambiado fundamentalmente de estructura y que algo muy grave ha debido de ocurrir para que las cosas se hayan modificado de tal manera. Ahora ya sé, por ejemplo, que mi padre y sus amigos, algunos de los cuales han venido a visitarme, son hombres poderosos, dando a esta palabra un sentido que nosotros, los hombres del siglo veinte, no comprenderíamos. Porque, ¿quién iba a imaginarse que en pleno siglo veintiuno se hablase de castas, de señores y esclavos?

Per mala suerte, los amigos de mi padre no han hablado delante de mí lo suficiente para que yo comprendiera el estado de cosas que reina a mi alrededor. Cuanto han venido a verme, se han limitado a traerme algunos magníficos regalos y luego se han ido con mi padre a las habitaciones donde éste estudia y trabaja, según he oído decir a mamá.

En cuanto a mi situación íntima…

Ya pueden comprender ustedes la angustia que estoy pasando, A medida que los días suceden a los días, que las semanas, los meses y los años pasan, mi desesperación aumenta. Porque he llegado al

convencimiento que tengo que esperar para conseguir lo que me encargaron. No vayan ustedes a creer que lo he olvidado, a pesar de todo lo que veo a mi alrededor, la misión de aquellos hombres que confiaron en mí para salvar a la Humanidad de un peligro cierto, espantoso. Y yo me pregunto; ¿si la Humanidad ha conseguido salvarse de la «Peste Negra», no ha sido para caer en una aberración mayor, en un estado de cosas injusto y escandaloso?

No tengo más que ver a la pobre Clara que como los otros supervivientes se pasea silenciosa, como una sombra, por las amplias habitaciones de la casa. Para encontrar algo semejante, tengo que ahondar en mi memoria y recordar los libros de Historia que estudié, pareciéndome, por paradójico que parezca, encontrarme de nuevo en aquella alejada y negra época de la Edad Medía, cuando los siervos se atrevían apenas a respirar delante de sus poderosos señores. Yo todavía no puedo comprender del todo lo que ha sucedido en el mundo, pero poco a poco, estoy seguro, iré aprendiendo cosas y podré hacerme una idea más completa y clara de los acontecimientos que han precipitado a la Humanidad en este estado desdichado de cosas.

Pero poco puede hacer un niño de cinco años.

Por eso, a la fuerza, mi relato ha de dar saltos, proyectarse hacia el futuro aunque pierda un poco de ilación y algunos detalles queden sin explicar o sean explicados de una manera un tanto ilógica. Ustedes comprenderán, así lo espero, que no puedo seguir haciendo un verdadero diario de mi vida, ya que terminaría por cansarles. Pero si me he detenido en la edad de cinco años, es que algo ocurrió, en aquella época, que cambió por completo la idea que yo tenía del mundo en el que había nacido… por segunda vez.

* * *

Aquella mañana, mi madre me había vestido con mis mejores ropas. Poco después, tras haberme perfumado y acariciado como siempre lo hacía, se presentó mi padre, risueño, sonriente, cogiéndome en sus brazos y dándome un beso para significarme su cariño.

—¿Estás ya preparado, hombrecito? —me preguntó.

—Sí, papá —repuse.

Él me dejó en el suelo, me cogió, muy formal de la mano y después de hacer que besara a mi madre, me sacó de la casa para conducirme a un vehículo, uno de los magníficos vehículos que él poseía, y sentarme a su lado. Luego puso el coche en marcha. Aquel vehículo no tenía nada de parecido con los que yo había visto antes de mi viaje al futuro. Utilizando seguramente un mecanismo de tipo atómico, el coche volaba con la seguridad de un antiguo helicóptero, puesto que las carreteras habían desaparecido casi por completo y no quedaban, bajo nosotros, más que las líneas grisáceas de los caminos polvorientos que en otros tiempos habían sido las pistas por las que corrieron los automóviles de nuestra época.

Nuestro aparato no tenía alas ni hélice ni nada que se le pareciera. Una fuerza impulsora, quizá cohetes de retropulsión y de mantenimiento en equilibrio, le hacía avanzar a una suavidad formidable, y a una velocidad prodigiosa; nada parecido a la que yo conocía.

Era la primera vez que yo abandonaba la extensa finca de mis padres. Estaba muy emocionado y miraba, a través de las ventanillas, el paisaje que desfilaba a nuestros pies, como una especie de tapete, de mágica alfombra que alguien tirase con fuerza incesante desde atrás.

Mis conocimientos geográficos me permitieron darme cuenta de que estábamos abandonando la península helénica y que empezábamos a sobrevolar el Mediterráneo. El vehículo seguía con suavidad su camino y por más que observé el mar, no pude ver ni un solo barco, por más que miré y remiró hasta cansarme. Llegó el momento en que mucho antes de lo que yo hubiera podido imaginarme, apercibimos las costas africanas y, por la situación y la forma de ellas, deduje casi sin esfuerzo mental que estábamos acercándonos a la antigua y venerable ciudad de Alejandría.

Pero me sorprendió, al divisar una bahía que yo había visitado hacía muchísimo tiempo, comprobar que la ciudad había desaparecido y que, en su lugar, se levantaba un hermoso y magnífico edificio, de más de cien pisos, que era como un recuerdo de aquel colosal faro que, según la leyenda, fue una de las siete maravillas del mundo.

El aparato que conducía mi padre se posó con brusquedad en la amplia terraza y casi en seguida acudieron unos hombres que

estrecharon las manos de Charles, acariciaron mi cabeza y me dijeron cosas gentiles. Luego discurrimos por la terraza hasta un ascensor que nos condujo, en pocos segundos, a una sala enorme en cuyo centro vi lo que jamás podía esperar contemplar: era una estatua.

Una estatua enorme, de más de cuarenta metros de alta, maciza, dorada, brillante y resplandeciente bajo la luz que penetraba por los amplios ventanales de la inmensa sala.

Nada más ver la estatua, sobre todo el rostro, me estremecí de pies a cabeza. Menos mal que mi padre conversaba con animación con sus compañeros y ni él ni ninguno de ellos se apercibió de la confusión que se había apoderado de mí. Y no era para menos, amigos míos. Porque aquella estatua reproducía claramente el rostro de un hombre al que yo había dejado, en un tiempo remoto, tendido sobre una cama de operaciones, en uno de los quirófanos del Hospital Central de Berlín, cuando acababa de ser intervenido por las manos maravillosas del profesor Klüber.

¡Aquella estatua reproducía los rasgos de Jean Lemain!

Durante días y días, incluso en nuestro regreso a Grecia, no pude olvidar lo que había visto en Alejandría. Por desgracia, una mujer se hizo cargo de mí mientras los hombres a los que mi padre había ido a visitar se reunían en aquella gigantesca, sala. No pude, por lo tanto, enterarme de lo que ahí se decía. Tampoco pude sonsacar mucho a aquella mujer que, siendo esclava, apenas si sabía expresarse.

Pero yo no podía olvidar nunca el rostro brillante y dorado de un hombre del que la Humanidad esperaba su única salvación. ¿Es que en verdad se había logrado devolver la memoria a Jean Lemain y vencer la «Peste Negra»? Entonces, ¿qué hacía yo allí? ¿Era posible que yo hubiera vuelto y estuviese, al mismo tiempo, condenado a seguir viviendo en el siglo veintiuno?

Porque ahora sí que sabía la fecha exacta en la que vivía.

Yo había cumplido cinco años en el 2060, lo que quería decir que el profesor Isomoto no se había equivocado y que la cápsula que me llevó al futuro se había posado sobre el territorio de la antigua Grecia en el momento exacto en el que se cumplía la fecha prevista por el profesor Ivanowicht.

* * *

Después de demostrar mi habilidad para leer y escribir, mi padre tomó a su servicio un profesor que venía todas las mañanas para enseñarme cuantas cosas quisiera yo aprender. Por aquel entonces, yo acaba de cumplir, ocho años, se abrió por fin la puerta del misterio y supe, desde el principio, que iba a descubrir la verdad de lo ocurrido.

Mi profesor se llamaba Albert Moisi.

Era un joven alto, delgado, de cabellos negros y ojos oscuros. Estaba dotado de una paciencia infinita y se sorprendió, desde el principio, al ver la velocidad con que yo aprendía cuanto me explicaba. Por descontado, fui lo bastante precavido para no plantearle el problema que había evitado a mis padres, es decir, que se percatara de que mi cerebro estaba tan desarrollado o más que el suyo.

Por lo tanto, desde que las clases empezaron, según al ritmo normal, un tanto acelerado, mientras me iba ganando la confianza y la admiración de aquel joven maestro que no tardó mucho en darse cuenta que había tenido la suerte de tener en sus manos a un alumno privilegiado.

Cuando me hube ganado su confianza, empecé mi trabajo particular; es decir, mi misión informativa. Antes de obrar en consecuencia y ya era lo bastante mayorcito para poderme mover con libertad si lo deseaba, quería conocer a satisfacción lo que había ocurrido en el mundo y explicarme el cúmulo de misterios que no habían dejado de preocuparme desde el mismo momento en que abrí los ojos en aquel año de 2055.

Aquella mañana, Albert llegó, como siempre, con una hermosa sonrisa en los labios, y se encerró conmigo en la amplia habitación en la que me daba clases. Encendió un cigarrillo, tomó asiento tras la mesa despacho y yo, frente a él, esperé impaciente mientras él repasaba mis deberes del día anterior.

—Esto va muy bien, Robert —me dijo—. Estoy muy orgulloso de ti. Y tus padres también lo están.

—Gracias, señor —repuse—. Pero yo quisiera que hoy dedicásemos nuestra clase a la Historia.

—¿Te interesa mucho?

—Sí, señor. Por desgracia, mi padre tiene la biblioteca cerrada y no he podido alcanzar ningún libro de los que tanto interés despiertan en mí. Es una pena…

Sonrió.

—Es natural, Robert. Los niños no deben preocuparse por ciertas cosas demasiado pronto. De todas formas, si quieres que nuestra lección de hoy se dedique a la Historia, lo haremos. ¿Cómo te parece empezar?

—Si usted no se opone —repuse, con una sonrisa lo más encantadora posible— quisiera hacerle algunas preguntas.

—¿Cuáles?

—He oído a papá hablar de una época en la que existió una cosa llamada «Peste Negra».

Frunció el ceño.

—En efecto —dijo—. Pero de eso hace muchísimo tiempo.

—¿Qué fue esa «Peste Negra»? —le pregunté, con un tono de ingenuidad en la voz.

—Fue una enfermedad horrible que se desarrolló en todas las plantas que cubrían la tierra. La cosa empezó en 1971, hace ya muchísimo tiempo. Aquella enfermedad constituyó, en apariencia, una amenaza para la Humanidad.

—¿Por qué dice usted en apariencia?

—Porque fue así, pequeño. ¿No has oído hablar de nuestro Jean Lemain?

—Sí. Recuerdo que vi su estatua en el Palacio de Alejandría.

Me miró con admiración.

—¡Caramba! —exclamó—. Has tenido la suerte de estar en ese suntuoso palacio. ¿Fuiste con tu padre?

—Sí, pero ya hace muchísimo tiempo. ¿Qué hizo ese Jean Lemain?

—Fue un hombre muy inteligente, amiguito. Se dio cuenta de que la Humanidad se estaba degenerando y de que las cosas iban de mal en peor. Has de saber, Robert, que ha habido una amplia época de la Historia en que todos los hombres sostuvieron la idea de una cierta igualdad. ¿Me comprendes?

—Un poco, señor —confesé.

—Voy a explicártelo con toda claridad. En el siglo pasado, en el anterior, en el siglo diecinueve, empezaron a producirse una serie

de fenómenos extraños que llevaron al nacimiento de unas teorías en las que se afirmaba la igualdad entre todos los hombres. Las cosas se pusieron de mal en peor, sobre todo después de la Segunda Gran Guerra Mundial. Ya comprenderás que todo aquello era imposible y que era necesario que algunos hombres, de casta superior, se levantasen contra tal estado de cosas.

—Sí.

—Entonces, en Francia, un joven aristócrata, estudioso y muy inteligente, se dedicó a trabajar en la investigación de las enfermedades de las plantas. Era nuestro gran Jean Lemain. Sus trabajos le condujeron a descubrir una sustancia capaz de enfermar las partes verdes de las plantas. Era un arma formidable y la utilizó, asociándose a un grupo importante de hombres de su casta, aristócratas puros, que extendieron esa falsa enfermedad por toda la tierra, haciendo aparecer una amenaza que asustó a la Humanidad entera.

—¿Es eso posible? —me asombré.

—Sí, Robert. Jean Lemain tenía unos magníficos proyectos y sabía que iba a vencer. Así ocurrió, en efecto. Pasaron unos años y la Humanidad se vio perdida, sin remedio posible. Entonces, Jean Lemain dijo haber descubierto y esto era cierto, otra sustancia capaz de hacer desaparecer aquella «Peste Negra». En realidad, ambas sustancias, la que producía la enfermedad y la que limpiaba las plantas de ella, las había descubierto al mismo tiempo. Pero guardó celosamente el secreto e hizo creer a los demás que había descubierto el secreto, el modo de libertar a la Humanidad del hambre que ya la amenazaba.

—Siga, por favor.

—Entonces, y esto te demostrará que era un hombre hábil sin igual, simuló haber caído y perdido la memora. Le interesaba que los hombres, se sintieran incapaces de defenderse contra aquel final horrible. Y poco después, alguien se presentó a los distintos Gobiernos de la Tierra, diciéndoles que la hormona capaz de hacer desaparecer la enfermedad existía, pero que no se emplearía a menos que dichos gobiernos obedecieran sin condiciones las órdenes de un grupo que se hacían llamar «Los Príncipes».

—¿Y ese grupo estaba dirigido por Jean Lemain?

—Así es. Por descontado, el miedo a la muerte hizo que los

Gobiernos obedecieran y así el grupo de «Los Príncipes», consiguió primero que todos los Gobiernos de la Tierra destruyeran sus armas y quedaran inermes, en manos del nuevo grupo que se hizo cargo de todo y reformó la sociedad de una manera más justa, para los ideales de «Los Príncipes».

No sé cómo el profesor no se dio cuenta de la emoción que me estaban causando sus palabras. Si así fue, él debió de interpretarlo como los sentimientos de un niño que acaba de descubrir algo que pareciera inimaginable. Lo cierto es que yo acababa de percatarme, de golpe, de algo tan terrible en su fundamento que me quedé sin habla.

Mi memoria me hizo recordar la última escena que había visto, antes de abandonar la Tierra del siglo veinte. Vi a Jean Lemain sobre la cama de operaciones del Hospital Central de Berlín, y comprendí que el pobre profesor germano no había podido descubrir, con motivo, nada en el cerebro de aquel hombre.

CAPÍTULO VII



ebía regresar!

Era mi obligación, mi deber. Se imponía el regreso, sobre todo desde que había descubierto la verdad de lo ocurrido y desenmascarado la personalidad turbia y traidora de Jean Lemain.

Desde el mismo momento en que mi profesor me dio aquella magnífica y al mismo tiempo terrible lección de Historia, no pensé más que en regresar a mi época, avisar a los hombres que confiaban en aquel falso descubridor, evitar que la Humanidad cayese en una nueva Edad Media, abocada a un desastre que me parecía muchísimo más grande que si el hambre hubiera terminado con todos los seres humanos.

Ahora, con catorce años cumplidos, seguía buscando afanosamente la manera de marchar, de regresar al siglo veinte, de avisar a mis contemporáneos. Pero ninguno de ustedes habrá olvidado, de eso estoy seguro, que el profesor Isomoto me colocó una especie de medalla, en realidad un aparato ultrasensible capaz

de hacer regresar la cápsula para que yo pudiera volver al punto del que había partido.

Y yo no volví a ver aquel medallón.

Lo busqué por todas partes, seguro de que mi madre lo había escondido en alguna parte. Mil veces estuve a punto de preguntárselo, pero me di cuenta a tiempo de que iba a desgarrarla por completo, ya que ella no podía comprender que un niño recordase el medallón que llevaba al tiempo que nacer.

Y sin él, yo no podría regresar nunca a mi verdadera época.

Fue por aquel entonces, casi iba a cumplir los quince años, cuando ya salía y entraba con toda libertad de la casa, cuando fui hacia Atenas para descubrir allí a la ciudad de los esclavos, cuando me di cuenta de la miseria en que vivía gran parte de la Humanidad, al lado de la existencia opulenta de los poderosos, cuando conocí a Graciela.

Sí, se llamaba así, como la heroína de Lamartine y era tan bella como ella. Los cabellos, más que dorados, parecían blancos de tan rubios. El mismo color que su nacarada piel donde se asomaban, en el rostro, las profundas ventanas de sus ojos azules y limpios como el mar que bordeaba las costas griegas.

Recuerdo, ¡cómo no! La primera vez que la vi, en una de las reuniones celebradas en nuestra casa. Experimenté una rara sensación y tuve que hacer un poderoso esfuerzo para contestar a la pregunta que ella me hacía.

Jamás había imaginado que una belleza semejante pudiera existir. Y es que en ella no había sólo hermosura, sino realidad, siendo más una aparición que una criatura, de carne y hueso.

Recordándola ahora, me dan ganas de reír. Porque si bien yo poseía un cerebro del todo formado, más adulto que todos los de los adultos que me rodeaban, fui lo suficientemente estúpido para olvidar que mi cuerpo, mi nuevo cuerpo, era el de un muchacho de quince años. Y aquellos que creen que el cuerpo no influye en la mentalidad de un hombre, están profundamente, equivocados. Entre cuerpo y espíritu hay siempre una relación que no se rompe más que con la muerte. Cuando el cuerpo es joven, cuando está irrigado con una sangre llena de vitalidad, las ideas no pueden ser las mismas que cuando este mismo cuerpo ha envejecido, por muy potente que sea el cerebro, ya que existe una coordinación

completa, como todos sabemos, entre la edad física y la edad mental.

No pude explicarme eso en aquel momento, cuando vi a Graciela. Lo cierto es que aproveché la primera ocasión que tuve y fue con ella a una de las terrazas, nos sentarnos juntos en un banco, cerca de la balaustrada desde donde nos era posible contemplar la maravillosa estampa de verdura y de belleza que teníamos frente a nosotros, desde el monte donde se erguía el Panteón hasta el mar, junto a donde parecía refugiarse, como un montón de nácar brillante, la ciudad de Atenas.

Le pregunté:

—¿Dónde vives?

Ella sonrió antes de contestarme.

—La finca de mis padres está en Salónica —me dijo—. ¿No has venido nunca por allí?

La sonrisa se acentuó más y una especie da pincelada roja apareció en sus mejillas.

—Pues tu padre es el jefe de todo este sector europeo —siguió diciendo—. Hace tiempo que fue nombrado Gobernador de esta parte de Europa y, como sabes sus dominios llegan hasta el Báltico.

—Sí, ya lo sé —repuse—. Pero olvidemos ésa, Graciela. Hablemos de ti.

—¿De mí? —Se sobresaltó.

—Sí. ¿Qué haces? ¿Estudias?

—Sí. Estudio y me aburro.

Me reí.

—¿Por qué te ríes? —me preguntó.

—De eso que acabas de decir. No creo que te aburras mucho.

—Te equivocas. Después de las clases que recibo en nuestra casa paseo mucho por el jardín. Soy hija única, como tú.

—Entonces sí que te comprendo. Porque también me aburro yo con frecuencia.

—Tú eres un chico y eso es distinto. Además, he oído mucho hablar de ti. Tu padre quiere llevarte con él.

—Es cierto.

—Entonces no te aburrirás. Charles Durand es uno de los hombres más poderosos de la época actual Y tú llegarás a ser como él, no lo dudes.

Una especie de oleada de orgullo se apoderó de mí. Por primera vez, desde que había nacido en aquel extraño mundo, me sentí complacido de ser quien era. Nada menos que el hijo, el heredero del poderoso Charles Durand. Un hombre que dominaba más de media Europa, uno de los favoritos del descendiente de aquel Jean Lemain, cuya casta se había convertido en la de los jefes del mundo del siglo veintiuno.

No sabiendo qué decir, le pregunté:

—¿Viajas tú también?

—Muy poco. Y me gustaría tanto…

Mi padre me había ofrecido, meses antes, un magnífico vehículo volador en el que yo había hecho algunas excursiones, varias de ellas bastante lejos, adentrándome en las tierras que antes se llamaron Yugoslavia, Hungría, Rumanía, incluso Polonia. La miré con los ojos brillantes:

—¿Qué te parece si te invitase a que hiciéramos un viaje juntos?

De nuevo volvió a sonrojarse.

—No sé si mi padre lo permitiría.

—Podemos preguntárselo. ¿Vienes?

Denegó enérgica con la cabeza.

—No, yo no me atrevo, Robert. Si tú quieres hacerlo, habla con él. Yo te esperaré aquí.

—Pero ¿quieres hacer ese viaje de verdad?

—Sería la mayor ilusión de mi vida.

No me costó casi nada convencer al padre de Graciela. Íntimo amigo del mío, sometido algún tiempo a la autoridad de mi padre, no supo decir no. Y mi padre, orgulloso y con un brillo en los ojos que me hizo comprender el interés que experimentaba hacia las relaciones que pudieran establecerse entre Graciela y yo, me dio unas palmaditas en la espalda, diciéndome.

—Bien, hijo mío. Coged los víveres necesarios. Además, si necesitáis algo, no tenéis más que dirigiros a los gobernadores que están a mis órdenes. ¿Contento?

—Sí, gracias, padre.

Yo volví corriendo, como un loco, a la terraza donde me esperaba Graciela. Le dije que ya tenía el permiso de su padre y ambos, cogidos de la mano, fuimos hacia la terraza en uno de cuyos cobertizos se encontraba el magnífico vehículo volador que mi

padre me había regalado.

Momentos después, el coche se elevaba por los aires y sin darme cuenta exacta del rumbo que tomábamos, aumenté su aceleración hasta ver desaparecer, a mi espalda, el cuadrilátero magnífico de nuestra gran casa. A mi lado, con los ojos abiertos, Graciela miraba desfilar sobre nuestros pies las ondulantes mesetas griegas Durante un largo rato permanecimos en silencio, luego, mirándola de reojo, le dije:

—Tú misma puedes decir hasta, dónde quieres que lleguemos.

Ella me miró, sonriente y tímida:

—Eso debes decidirlo tú, Robert.

—No —repuse—. Quiero que seas tú quien elijas el itinerario. ¿Por dónde quieres que vayamos?

Dudó unos instantes. Luego, con voz trémula, dijo:

—Siempre he soñado ver los países fríos, Robert. He oído hablar mucho de ellos. Pero creo que están demasiado lejos.

Me encogí de hombros, sonriendo.

—¡Qué va! Te llevaré a donde quieras. Y puesto que deseas visitar los países fríos, iremos hacia el Norte; nos adentraremos en una región que hasta ahora no he visitado. Me refiero a Rusia.

Ella preguntó alarmada:

—¿Vamos a ir tan lejos?

—No te preocupes. Aumentaré la velocidad de nuestro coche volador. Estaremos allí en menos de dos horas.

Y así ocurrió.

Después de dejar atrás Polonia, penetramos en la zona donde la blancura sucedió a la verdura, en una extensión ilimitada de aquel enorme país que, en mi época, había sido casi tan poderoso como los Estados Unidos. Y, sin embargo, lo que ahora desfilaba a mis pies no era más que tundra helada, como si Rusia hubiese vuelto a una época que sólo se recuerda en las viejas y amarillentas páginas de la Historia.

Pero en aquellos momentos yo era incapaz de pensar en cosa semejante. Al lado de Graciela, cuyo aroma penetraba en mí con una fuerza enervante, me sentía el más dichoso de los hombres. Y, al mismo tiempo, al saberme hijo del poderoso Charles Durand, iba creando en mí una nueva personalidad, alejándome de mi mente todos los pensamientos que estaban relacionados con aquel otro yo

que había sido, en otra época, de la que parecía haberme desligado para siempre.

Moscú, como todas las grandes ciudades del mundo, había sido convertida en una población de esclavos. Por eso la sobrevolamos a gran velocidad, dirigiéndonos, después de dar la vuelta, hacia Tula, donde yo sabía que existía el palacio de uno de los gobernadores que estaban a las órdenes de mi padre.

Nos posamos en la terraza y al instante acudieron unos cuantos servidores que nos condujeron a presencia del hombre que mandaba en aquella región. Se llamaba Alexis Fedor Donarowicht.

Era un hombre de unos cuarenta años, alto, de porte aristocrático, con el rostro ornado por un pequeño bigote negro que ponía una nota intensa en su faz pálida. Me estrechó la mano con energía y besó la de Graciela, diciéndonos con voz emocionada:

—Es una gran alegría recibiros, hijos míos. Estáis en vuestra casa. Voy a comunicar ahora mismo a vuestro padre que sois mis huéspedes de honor.

—Muchas gracias —repuse.

Entonces me di cuenta de la importancia de mi posición. Se me trataba con cuidado, con esmero, haciendo que cualquier capricho mío se convirtiese en una orden. Nunca había poseído tanto poder y era la primera vez que sentía aquel orgullo que me inundaba por completo y que, estaba seguro, resplandecía ante los ojos maravillados de Graciela.

Estuvimos allí toda una larga semana.

Tomamos parte en cacerías, en paseos, en grandes excursiones en las que, a veces, nos acompañaba Alexis para demostrarme la manera perfecta con que llevaba la administración de aquel territorio que, como casi toda Europa, estaba sometida a las órdenes directas de mi padre. Aquello hizo todavía crecer más mi orgullo y me sentí completamente feliz, ya que al mismo tiempo me iba percatando de que el interés de Graciela hacia mí aumentaba de más en más.

Y una de aquellas noches, cuando nos paseábamos por la terraza de la casa de Alexis, ella me besó.

No pueden ustedes imaginarse lo que llega a emborrachar el poder. Es algo que no puede ser explicado. Pero basta poseerlo, sentirse importante hasta lo inconcebible, para que las más hondas

convicciones se disuelvan, desaparezcan, como por ensalmo.

Y eso era lo que estaba ocurriendo en mí. De repente acababa de darme cuenta de que era el primogénito y el heredero de una estirpe poderosa, invencible. Por si fuera poco, al mismo tiempo que hombres como Alexis Fedor Donarowicht se rendían ante mí, como ante un señor. Tenía a mi lado a la mujer más exquisita, a la joven más delicada y hermosa que jamás había visto.

Y ella también sentía y experimentaba lo mismo que los demás, considerándome como algo superior, soñando quizá que un día podría alcanzar el mismo poder que yo tenía, uniéndose a mí.

Una de aquellas noches, después de haberla tenido entre mis brazos, sabiendo ya que ella deseaba lo mismo que yo, convertirse en mi esposa en el momento oportuno, una intensa alegría me invadió y cuando me quedé solo corrí hacia uno de los visófonos, pidiendo una comunicación urgente con la casa de mis padres.

Era tal mi alegría que no me di cuenta, al principio, de la expresión un tanto sombría que apareció en la pantalla del visófono. Y antes de que mi padre pudiera decirme nada, yo le expliqué, con frases vehementes, lo que había ocurrido. Le hablé de Graciela, de su delicada mirada, de sus suaves manos, de todo lo que había despertado en mi ser que entonces vibraba al unísono en el corazón de la joven.

Mi padre no me interrumpió una sola vez.

Cuando hube terminado, cuando vi que me sonreía, aunque no supe descubrir la tristeza en aquel gesto, noté que sus ojos brillaban de extraña manera y me sorprendí, aterrándome, al comprender que dos lágrimas nacían en ellos y empezaban a caer lentas por sus mejillas.

Todavía medio ciego por mi propia pasión, creí que mi padre lloraba de alegría. Y así se lo dije. Fue entonces cuando su voz, por vez primera desde que había empezado la comunicación, llegó basta mí.

—Me llena el corazón de alegría que seas tan dichoso, hijo mío. Pero, contra mi voluntad, he de darte una mala noticia.

Me pareció quedarme de piedra.

—¿Qué ocurre, padre? —le pregunté.

—Tu madre está muy enferma, hijo mío. Al propio tiempo que has llamado, iba a hacerlo yo. Tienes que regresar en seguida.

Ustedes pensarán lo que quieran, pero en estos últimos quince años, quince años humanos, quince años de trescientos sesenta y cinco días, en ese tiempo que tanto odié al profesor Isomoto, he llegado a querer a mis padres. Sobre todo, a mi madre. Se han borrado de mi memoria los recuerdos de mi madre anterior y quizá se hayan fundido con la idea de mi madre actual. Lo cierto es que, como todo buen hijo, he sentido nacer en mi corazón esa ternura que sólo puede experimentarse cuando se está cerca de una madre.

La expresión de mi rostro hizo que mi padre se esforzara por sonreír.

—No te pongas así, Robert. Todavía tengo esperanzas de salvarla. Pero, por favor, regresa en seguida.

—Ahora mismo voy a hacerlo, padre.

Corté la comunicación y corrí para explicar, a Alexis lo que ocurría. Graciela estaba a su lado y se puso a llorar, desconsolada, haciéndome saber así que sus errores eran los míos, como si sus ilusiones me pertenecieran ya.

El regreso se hizo en un tiempo récord.

Saqué toda la velocidad posible del aparato pilotaba, pero ahora estoy seguro de que estuvimos casi a punto de que nos estrellásemos contra las montañas sobre las que volábamos a una velocidad increíble. Al término del viaje, posó el aparato en la terraza de mi casa y me precipité al exterior y dejé que Graciela me siguiera, Yo llegué a la habitación donde reposaba mi madre.

Entonces me di cuenta de que la muerte estaba llegando, con pasos sigilosos hasta el lecho donde ella reposaba.

Cubrí de besos su rostro; le conté mil cosas intrascendentes hasta que conseguí, con gran alegría hacer que sonriera. Tenía los ojos rodeados por cercos negros y parecía haber adelgazado y envejecido terriblemente en aquellos pocos días que yo había estado ausente.

—¡Robert! —exclamó, con voz débil—. ¡Qué alegría, que hayas vuelto!

—Sí, mamá. Ya estoy aquí. Y no voy a separarme de ti hasta que te pongas buena.

La sonrisa se entristeció en sus hermosos y trémulos.

—Eso espero, hijo mío. Ahora quiero hablarte…

Estábamos solos, pero ella miró a su alrededor hasta convencerse de que así era. Luego, mirándome coa fijeza, dijo:

—Voy a decirte algo importante, hijo mío. No quiero morir sin que lo sepas.

—¡Morir! ¿Quién habla de morir, mamá? Por favor, no digas esas cosas.

—Escúchame muy atento, hijo.

Y me contó el misterio de mi nacimiento. Yo ya lo sabía, pero ella ignoraba quién era yo en realidad. Me habló de Mathías, del encuentro casual con aquella cápsula, de la marcha del aparato apenas me sacó de su seno, de cómo me había recibido en su casa, cómo me quería, de cómo me consideraba legítimo hijo suyo.

Luego, después de una penosa pausa, agregó:

—Cuando te trajeron aquí, Robert, llevabas una medalla puesta. Yo no sé si comprendes lo que puede ser los celos de una madre. Pero yo imaginé que aquella medalla te la habían puesto otras manos, casi seguro las del ser que te dio la vida. Por eso te la quité. La he tenido escondida todos estos años, condoliéndome al pensar que me comportaba de una manera nada elegante hacia una mujer que, puede que por desdicha, debió perderte sin desearlo.

»Ahora que sabes toda la verdad, hijo mío, quiero que lleves esa medalla. Deseo tener la conciencia tranquila y saber que al ponerte ese medallón rendimos, tú y yo, juntos como hemos estado siempre, un homenaje a la mujer que te dio la vida.

Levantó la almohada y me tendió la minúscula medalla, con una cadenita que debió ceñir el cuello del bebé que Mathías le entregó.

Era, y eso lo sabía solamente yo, el aparato que había puesto en mi cuello el profesor Isomoto.

Me tuve que poner la medalla delante de ella y luego, entornando los ojos, me dijo:

—Sé feliz, hijo mío. Papá me ha hablado de Graciela y yo estoy muy contenta de que hayas encontrado una mujer que te haga feliz.

Luego, de pronto, lanzó un profundo suspiro.

Había muerto.

CAPÍTULO VIII



adie podía sospechar de mí, desde la muerte de mi madre, de que yo vagase silencioso, unas veces en mi aparato volador, otras a pie, sin hablar apenas con nadie.

Mi padre no me veía más que una vez al día, por lo general a la hora de la cena, cuando nos reuníamos los dos, silenciosos y tristes, en el amplio comedor de la casa. Luego, al acabar la comida, yo le besaba y me retiraba a mis habitaciones, de donde algunas veces salía, por la noche, para caminar apaciblemente por los amplios paseos del jardín.

También hablaba con Graciela, pero lo hacía una vez al día y por visófono, ya que la joven había regresado, después de los funerales de mi madre, a casa de sus padres. Ella intentaba arrancarme de aquella especie de melancolía que había caído sobre mí y que, sin embargo, ella no podía comprender en modo alguno.

Ni ella ni nadie.

Porque, en realidad, a pesar de que la tristeza de haber perdido a aquella mujer a la que me honraba poderle llamar madre, era otro el problema que me tenía angustiado, de repente; como sí el encanto de la aparición de Graciela hubiera cesado y me encontrase, aislado, solo, ante la cuestión que no me había abandonado, en el fondo, desde el momento de mi segundo nacimiento.

Ahora llevaba el medallón puesto.

Yo era el único en saber que aquello no era un medallón, sino un aparato electrónico, una de las maravillas que habían salido de las manos del profesor Isomoto.

Y conociendo al dedillo su funcionamiento, sabiendo que me bastaría hacer girar la parte superior sobre la inferior, que le servía de fondo, para llamar a la cápsula y que ésta viniera en mi busca. Me pasaba las noches con el objeto dorado en la mano mirando al cielo e intentando imaginar en qué punto del espacio se encontraba aquel vehículo que podía trasladarme de nuevo al tiempo pasado.

¿Pero lo deseaba yo de veras?

De un lado, maldecía mi indecisión y estaba dispuesto a realizar la promesa que hice a los hombres de mi época. Por otro lado, el encanto en el que estaba viviendo, el cariño con que había sido tratado, la aparición casi milagrosa de Graciela, eran otros tantos puntos que se colocaban en la balanza para desnivelar la idea concreta del deber que yo no tenía que olvidar.

Una de aquellas noches, de aquellas larguísimas e interminables noches, que iba paseando por el jardín, me decidí. Algo en mí se despertó y casi me sorprendí, aterrándome, al ver que había olvidado casi por completo a Margaret, a mi esposa. La verdad es que la había recordado muchísimas veces, pero soslayando aquel recuerdo; alejándolo de mí como una cosa molesta, inoportuna. Ahora, de repente, su imagen apareció ante mí con una nitidez extraordinaria y me dije que estaba obrando mal, que no podría permanecer ni un segundo más en aquel mundo que, en realidad, no era el mío.

Mientras miraba hacia el firmamento, calculé todo el dolor que iba a producir a los que dejaría aquí, abandonados, sin explicación alguna. Pensé en el que era mi padre, en aquel hombre bueno que, a pesar de su poder, lo ejercía de manera muy satisfactoria ante mis

ojos críticos; los ojos de un hombre que, como yo, pertenecía al siglo anterior.

Pensé también en Graciela, en todo el dolor que iba a experimentar en cuanto se enterase de mi misteriosa desaparición. Y como no podía decirles nada, ni a él ni a ella, me sentí castigado por un destino cruel y maldije el momento en que escuché las palabras de aquellos profesores que, reunidos en Berlín, me convencieron para realizar una experiencia olvidando mi calidad de simple ser humano.

Pero había aún algo más.

Si yo regresaba a mi época, si procedía a la destrucción del hipócrita y falso Jean Lemain, todo lo que yo había vivido en este siglo veintiuno no se produciría jamás. Porque una vez destruido el malévolo personaje que había engañado a la Humanidad, las cosas seguirían como estaban y era casi posible pensar que ni mi padre ni mi madre, me refiero a los segundos, conocerían la felicidad que habían experimentado al poseerme, y que tampoco Graciela tendría la ocasión de encontrar al joven del que yo sabía, positivamente, que estaba enamorada.

Entonces me apareció como un terrible pecado el domeñar ese profundo misterio que es el tiempo. Ni siquiera los hombres de ciencia podrían atreverse a, tanto.

Y al hacerlo, Isomoto había removido, sin darse cuenta, una charca de pasiones y de existencias que ahora iban a desaparecer, como por magia, pero que siempre quedarían en mi mente como un recuerdo imborrable.

Sin embargo, tenía que decidirme.

Y alejándome de la casa, sin volver la cabeza atrás, me dirigí hacia una pequeña altura donde, muchas veces, Graciela y yo habíamos paseado, sobre todo antes de que ella regresase a Salónica.

Una vez allí, tuve que hacer un poderoso esfuerzo para apagar los recuerdos que parecían esconderse detrás de cada mata; pegados a las hojas de los árboles, iluminando el tronco, formando parte de la luz, y de la sombra que me rodeaban.

Pero estaba decidido.

Desprendí el medallón del cuello e hice girar las agujas de la manera que me había explicado el profesor Isomoto. Una pequeña

luz, apenas una chispa perceptible, se encendió sobre la superficie del medallón. Luego esperé. Y, al cabo de unos pocos minutos, tiempo me pareció largo en exceso, se oyó un prolongado silbido y la cápsula, con unos movimientos perfectamente sincronizados, se posó a menos de cien metros del lugar en el que yo me encontraba.

Había llegado el momento.

Me dirigí hacia el aparato, abrí la portezuela en cuanto estuve allí. Reconocí sin dudar la silla en la que había permanecido mientras la cápsula giraba vertiginosa, acercándose a la velocidad de la luz, alrededor del planeta en una sucesión terrible de días y noches. Y lanzando un profundo suspiro, penetré en el interior. Me senté en el amplio butacón que ocupaba por completo la cápsula, cerró la puerta, apreté los cinturones de seguridad y apenas lo había hecho cuando una especie de silbido agudo me rodeó, haciendo vibrar el aparato que ya se movía, a gran velocidad, ascendiendo hacia el espacio.

De nuevo me sentí sumergido en aquella especie de alocado girar que no había olvidado. Otra vez volvieron a vibrar a mi alrededor las cosas y pareció como si mi cuerpo se deshiciera, partiéndose en pedazos que, poco a poco, fueran convirtiéndose en átomos. La misma dolorosa sensación me penetró en el pecho y cuando cerré los ojos, seguro de lo que iba a producirse, sentí, como la otra vez, que me hundía en un profundo abismo, girando alrededor de un eje imaginario, convertido en una cosa tan pequeña, tan minúscula, tan intrascendente, que era como si va me hubiese muerto para siempre.

* * *

Cuando abrí los ojos, la cápsula caía con lentitud, en un vuelo planeado casi perfecto, a través de un mar de nubes sobre las que se reflejaba el sol. Incorporándome, miré a través de la ventanilla lateral y pude ver que me acercaba a la tierra a una velocidad prevista, ya que muy pronto entrarían en funcionamiento los cohetes de frenaje y la cápsula, como lo había hecho en el siglo veintiuno, se posaría de nuevo en la tierra de un siglo veinte, que, lo quisiera yo o no, había olvidado casi por completo.

Fue al darme la vuelta, para mirar por la ventanilla que tenía a

mi izquierda, cuando el reflejo del sol hizo que la superficie de cristal se convirtiera en un espejo y que pudiera verme, de nuevo, tal y como era cuando salí de la base aérea de Tokio.

Había desaparecido por completo aquel joven de quince o dieciséis años que yo era cuando manipulé el medallón. Ahora, Trente a mí, fielmente reproducida en la superficie del cristal, se encontraba mi imagen, la de un hombre de treinta años, la del profesor Peter Kumball que ya no tenía que ver nada, bajo ningún concepto, con Robert Durand, el hijo de uno de los gobernadores más poderosos de Europa, poseedor de una hermosa finca desde cuyos ventanales podía verse el Partenón de Atenas.

Una intensa emoción se apoderó de mí. Era otro de los momentos importantes de mi vida.

Iba a regresar al pasado y, en contra de lo que yo pensaba, no sentí aquel entusiasmo que imaginé cuando la cápsula me alejó de la tierra griega. En vez de eso, estaba triste, deprimido y pesimista hasta lo inconcebible. Eran tan fuertes los recuerdos que había guardado de mí existencia durante aquellos quince años en pleno siglo veintiuno, que añoraba lo indecible todo cuanto había conocido allí. Quizá porque, no habiendo conocido a mi verdadera madre, tuve el placer de nacer de nuevo y de estar rodeado de esos cuidados que, además, con mi cerebro adulto, pude gozar como una sensibilidad que no puede encontrarse en ningún niño que haya, jamás existido.

La cápsula descendía acelerando, pero pronto pareció disminuir de velocidad al tiempo que los cohetes de frenaje entraban, en acción. Luego, planeando con suavidad, dejó atrás el mar de nubes y pude ver, desde arriba, el contorno conocido del archipiélago japonés, sabiendo entonces que, con toda seguridad. Isomoto había previsto mi caída y montado el cerebro electrónico de la cápsula de tal manera que volviese al punto de partida.

Así ocurrió en efecto.

Cuando la cápsula se posó sobre su base, abriéndose automáticamente la puerta, vi dos hombres que corrían hacia ella y reconocí en seguida el rostro amarillento de Isomoto y los ojos brillantes, entusiastas, de mi viejo maestro, el profesor Alfred Kumbell.

Por un momento, olvidando mis tristezas, salté fuera, del

aparato y estreché con fuerza las manos de aquellos hombres. Una mirada a mi alrededor me hizo comprobar que todo seguía igual y tuve que hacer un esfuerzo para no sonreír, pensando en todo el largo tiempo, aquellos quince años que yo había pasado en una época a la que normalmente no habría llegado nunca.

—Estoy muy contento de verte, hijo mío —me dijo—. Kumbell— ¿cómo ha ido todo?

—No lo sé todavía, profesor —contesté—. Estoy un poco aturdido.

El japonés sonrió.

—Lo comprendemos. Es natural que se produzca esto cuando ha habido una interrupción temporal en su mente. Pero venga con nosotros, por favor. Iremos a mi laboratorio, Allí podremos hablar con tranquilidad antes de volver a Berlín.

¡Berlín!

Aquello significaba cosas para mí. Y miré a los dos hombres, como temiendo el efecto que mis palabras, las que tendría que pronunciar, de pronto, iban a causar sobre ellos.

Un vehículo, un vehículo que marchaba sobre sus ruedas, lo que hizo que me sonriera al recordar los vehículos voladores que yo había pilotado, nos condujo al laboratorio del profesor Isomoto, situado al otro extremo de Tokio, en un edificio de cuatro plantas junto a un jardín con esmero, pero que ahora había perdido todo su verdor debido a la maligna «Peste Negra».

Una vez bien arrellenado en un sillón del despacho del profesor Isomoto, éste encendió un cigarrillo, haciendo que yo fumase también, cosa que me maravilló puesto que no lo había hecho durante toda mi otra vida, esperando ansioso que yo rompiera el silencio.

Como no lo hice, fue el japonés quien preguntó:

—¿Cómo ha ido eso?

—Es difícil de explicar —dije—. ¿Hace mucho tiempo que me fui?

El oriental sonrió.

—Lo hemos cronometrado con el profesor Kumbell. ¿Cuánto tiempo hace, según usted, qué salió de Tokio?

—Quince años.

Mi respuesta no pareció sorprender al japonés, cuyo rostro

seguía sonriendo. Luego, con un suspiro, dijo:

—En realidad, amigo mío, pasó usted de todas las Velocidades que habíamos calculado. Superó usted la que yo mismo había previsto. Y aunque a usted le parezca que ha estado quince años fuera, hace exactamente veintiséis horas que usted salió de aquí. La prueba es que rogué al profesor Kumbell que se quedara conmigo, ya que estaba seguro de que volvería muy pronto.

—¡Pero eso es imposible!

—¿Por qué?

—Porque a pesar de lo que haya podido durar el viaje en la cápsula, he estado quince años, quince años completos en el siglo veintiuno.

—No niego que diga usted la verdad —repuso el nipón.

—¿Entonces?

—Escuche, joven amigo. Es cierto que el tiempo que ha estado usted en la cápsula ha sido un tiempo acelerado, dentro de la relatividad, aunque también es cierto que esos quince años han sido quince años enteros y completos que usted ha pasado en el siglo veintiuno. Pero al regresar a la cápsula, de la misma manera que ésta aceleró en muy pocas horas, el paso del tiempo, lo volvió a restar de la misma manera, de forma que la realidad de nuestro tiempo, del de ahora, no excede de esas horas a las que antes he aludido.

—¡Es fantástico! —No pude por menos de exclamar.

Era evidente que mi viejo maestro estaba impaciente por saber las noticias más concretas. Por eso, preguntó:

—¿Y qué has encontrado en ese siglo veintiuno?

—Un mundo distinto en grado sumo —le dije.

Y luego, muy despacio, les expliqué lo ocurrido. Desde mi fantástico nacimiento al final, sin omitir un solo detalle.

Ellos me escucharon sin perder palabra. Quizás el profesor Isomoto se dejó arrastrar por lo que a el íntimamente le preocupaba. Por eso, cuando terminé, exclamó:

—El que haya usted nacido de nuevo es comprensible, puesto que usted rejuveneció al avanzar en la cápsula, a una velocidad muy cerca a la luz. Eso tiene una perfecta explicación.

Pero fue Kumbell quien, con un brillo de cólera en los ojos dijo:

—¡No puede ser! ¡Te han engañado!

—¿Qué quiere usted decir?

—Lo que has oído. Te han engañado o quieres engañamos. ¿Cómo dudar de la personalidad de Jean Lemain?

—Yo no he dicho más que la verdad —repuse con enfado.

—No puede ser cierto. Lo que ocurre es que te has dejado influir por esa gente del tiempo futuro. Nosotros necesitábamos la medicina, la sustancia inventada para poder borrar del cerebro de Lemain la amnesia que va a causar nuestra pérdida.

—Pero, profesor —dije, mirándole con fijeza a los ojos—: ¿Es que no se da usted cuenta que yo no hubiera encontrado un mundo repleto de verdura si ahora, al volver, hubiera traído esa medicina?

—No entiendo.

—Voy a explicarme. Hasta ahora, no hemos modificado el futuro. Es decir: Lemain sigue siendo el salvador de la Humanidad, el hombre que ha descubierto la sustancia para borrar de la superficie de la Tierra la «Peste Negra». Pero si eso es cierto, si Lemain no ha sido retirado de su amnesia, ¿cómo he podido encontrar un mundo en el que la verdura abundaba como en los mejores tiempos que nosotros hemos conocido?

—¡Eso no es cierto!

Me di perfecta cuenta de que la actitud de los dos hombres habían cambiado por completo hacia mí. Pero lo que más daño me hizo era ver que mi amigo, el hombre al que yo amaba, el que había sido mi maestro, me miraba con desconfianza, con odio.

—¿No me cree? —le pregunté.

—No, Yo no sé qué diabólicas cosas han podido ocurrirte en el siglo veintiuno, pero no eres el mismo, Peter. Te han cambiado. Te han dado instrucciones para condenar a la Humanidad y no has encontrado nada… ¡di la verdad!

—Ya la digo.

Kumbell se volvió hacia el japonés.

—Es inútil, profesor. Es muy posible que ni siquiera haya abandonado la cápsula, que haya tenido miedo al ver que la Tierra no eran más que un desierto sin plantas y sin vida. ¿No lo cree usted?

El japonés hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, creo que es verdad. Nos ha traicionado. Eso es todo.

Me dieron ganas de gritar. Pero bastaba mirarles para

comprender que no iban a creer ni una sola palabra de lo que yo agregase a lo que había contado. Su confianza en Jean Lemain era tan estúpida como errónea. Pero ¿qué podía yo hacer por convencerles de que estaban cometiendo una terrible equivocación?

Isomoto lanzó un suspiro.

—No hay salvación para nosotros —susurró—, pero no creas, Peter, que vamos a dejarte sin que pagues la traición que has cometido. O te has vuelto un agente de esos hombres del mundo futuro, que no quieren que las cosas se modifiquen, o eres un estúpido, un cobarde que se asustó y ni siquiera bajó de la cápsula al ver que al Tierra se había convertido en lo que por desgracia será si Jean Lemain no puede ayudamos.

Me dejaron encerrado en el despacho.

Cuando intenté salir, vi que la puerta estaba cerrada con llave y oí por el pasillo los pasos de un centinela que iba y venía delante de mi puerta. En aquel momento, sin poder evitarlo, me sentí terriblemente solo más desgraciado que nunca lo había estado, recordando tantas cosas que sin embargo, hubiera deseado olvidar.

Pero ahora, era la imagen de Margaret la que me torturaba más y más y el deseo de verla se apoderó de mí con violencia extraordinaria. Tuve que esperar muchísimo, hasta el día siguiente, para que la puerta se abriese y entrasen el profesor Isomoto, ésta, vez solo, que me miró sin apartar la vista, con un brillo extraño en las pupilas.

—El Consejo Internacional te ha juzgado y condenado a muerte, Peter Cawell —me anunció, sin ambages.

Le miré, con los ojos desorbitados.

—Pero ¿qué culpa tengo yo de lo ocurrido? ¡No he dicho más que la verdad!

Sonrió con aire despreciativo.

—Cometimos un error al confiarnos en ti, Peter Cawell. Por fortuna, las cosas se han arreglado de una manera inesperada.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que Jean Lemain ha recuperado la memoria. He hablado con el profesor Kumbell, que está en Berlín y que ha sido quien me ha dado esa maravillosa noticia. Ahora ya no necesitamos enviar a nadie al futuro, porque estamos salvados. Jean Lemain ha prometido arreglarlo todo, con suma rapidez y el mundo volverá a

ser lo que era, en cuanto desaparezca de la superficie de la Tierra la maldita «Peste Negra».

CAPÍTULO IX

o! ¡No podía ser!

Por eso, mirando alocado al japonés, exclamé:

—¡No deben creerle, profesor Isomoto! Lo que quiere es engañarles.

—¿Quién?

—Jean Lemain. Claro que ha recobrado la memoria. En realidad, nunca la perdió.

Y ahora va a exigirles un pago tremendo, horrible, para que la Humanidad se salve. Hablará con los Gobiernos, exigirá un desarme general y él y los «príncipes», se apoderarán del mundo.

—Estás loco.

—Por favor, profesor. ¡Créame! Yo ya le he explicado lo que me encontré en el siglo veintiuno. Es un mundo en el que, sin embargo, he sido todo lo posible feliz, pero comprendo que también es un mundo desquiciado, con sus esclavos, con su casta de «príncipes»…

—No —repuso, el japonés—. No te creo. Yo no puedo saber, en

efecto, qué maquiavélico plan has traído del siglo veintiuno, pero no conoces a Jean Lemain. Es un hombre que se ha sacrificado toda su vida, que la ha dedicado a la investigación científica. Y él nos salvará. En cuanto a que su amnesia ha sido falsa… ¡No lo ha sido! No seas estúpido, muchacho. ¿Crees que se hubiera dejado operar aunque hubiera sido por el profesor Klüber?

—Les ha engañado a todos.

—Eso no es cierto.

Suspiré, con fuerza.

—Escuche, profesor Isomoto. Yo he visto, en Alejandría, la estatua de ese hombre. Su raza, sus descendientes, serán los dueños del mundo. Es un complot gigantesco para volver a una sociedad semejante a la que tuvimos durante la Edad Media, pero en plan más grandioso. ¿Es que no me cree?

Isomoto respondió:

—Has debido perder la razón.

—Peor para ustedes. Yo ya les he advertido. Antes de poco, quizá dentro de unas horas, reconocerán ustedes que yo tenía razón.

—Eso son delirios.

—No lo son, profesor. Pero yo sé por mala fortuna, aunque he estado en el futuro, que ustedes tenían que cometer este error y provocar a la Humanidad hacia un retroceso de cientos y cientos de años. Yo sabía que Jean Lemain saldría triunfador, a pesar de que yo les haya avisado a tiempo. Sólo su muerte su inmediata desaparición, podría librar a la Humanidad del martirio que le espera.

—¿Qué estás diciendo? Si lo matásemos, ¿cómo podría darnos la fórmula para acabar con la «Peste Negra»?

—La daría antes de que ustedes fueran capaces de sonsacarle de verdad. Pero luego tendrían que destruirlo, profesor Isomoto. Porque él es el jefe del complot más gigantesco que jamás se haya llevado a cabo en la Historia del mundo.

El japonés se encogió de hombros.

—No lograrás convencerme. Lo que deseas es librarte de la justicia y de la pena que te has merecido. Aunque vas a morir…

—Poco me importa mi vida si pudiera salvar a la Humanidad.

—No hagas frases, por favor…

De repente, le pregunté, clavando mi mirada en sus ojos

oblicuos:

—¿Y mi esposa?

A su vez preguntó extrañado:

—¿Qué viene ella a hacer aquí?

—Tengo que verla. Incluso un condenado a muerte tiene derecho a despedirse de la única persona que le queda.

—¿Quieres saber la verdad?

—Sí.

—Ella está en Berlín. Fue a verte, creyendo que te habían detenido allí y distraído demasiado tiempo, después de la experiencia que tenías que realizar. El profesor Kumbell ha hablado con ella, la ha contado la historia rocambolesca que tú nos referiste. Y ella, como una mujer normal, como un ser humano que sólo desea el bien de todos, el triunfo, sobre la «Peste Negra», te ha renegado. No quiere verte, Peter. Para ella te has convertido en un monstruo, en un traidor a todos nuestros semejantes.

—¡No es cierto!

—Puedo demostrártelo. Ahí, al fondo de mí despacho, hay un visófono. Pon una conferencia, a Berlín e intenta, si puedes, que ella te escuche siquiera.

—¡Voy a hacerlo!

—Haz lo que quieras. Tienes todo el día para meditar, Peter. Porque mañana por la mañana, sin falta serás conducido ante la cámara de gas donde pagará tus culpas.

Abandonó la estancia y la puerta se cerró tras él, con el ruido metálico del cerrojo que se corría.

Durante cerca de veinte minutos, permanecí con los ojos entornados, los puños apretados, clavando las uñas en las palmas de mis manos. Todo lo que me ocurría era inconcebible; por lo tanto, no podía creer en absoluto lo que Isomoto me había dicho.

Precipitándome hacia el fondo de la sala, pedí una conferencia con Berlín y la obtuve, quince minutos más tarde. Fue fácil ponerme en comunicación con el Hospital Central y allí, gracias a la amabilidad de una enfermera, llevar la imagen de Margaret que se proyectó, severa y triste al mismo tiempo, en la pantalla que yo tenía delante.

La miré con toda la intensidad del amor que yo sentía por ella.

—¡Margaret! —exclamé con voz ronca.

Ella entreabrió los labios.

—¿Qué quieres?

—Hablarte, querida. Es imposible que sea verdad lo que me han dicho.

—Eso creía yo también cuando me contaron lo que hiciste, Peter. ¡Y yo que creía en ti más que es nadie!

—Pero escucha, Margaret.

—No es necesario, Peter. Alguien que te quería tanto como el profesor Kumbell me ha dicho la verdad.

Y no sé por qué me has llamado, ¿o es que quieres aumentar la intensidad de mi dolor?

—¡Soy inocente!

—No lograrás convencerme, Peter. Y eso que tenía gran fe en ti. Antes te lo dije, pero me has decepcionado…

—¡Te juro que todo lo que conté es verdad, Margaret!

—Pobre Peter. Me das lástima, muchísima lástima y también me doy yo lástima. Porque fui tan estúpida como para creerte…

Quise decir algo, pero ella cortó la comunicación.

Me quedé mirando la pantalla, ahora opaca, durante un tiempo que me pareció interminable. Luego, cogiéndome la cabeza entre las manos, dejé que las lágrimas brotasen de mis ojos y, poco a poco, de una manera apenas insensible, fui olvidándome del presente para proyectarme de nuevo en el futuro.

Volví a ver, con los ojos cerrados, las verdes campiñas griegas, la magnífica silueta del Partenón, las colinas, los hermosos caminos de la finca de mi padre, el rostro de aquel hombre, el de la mujer que se inclinó durante tanto tiempo hacia mi rostro, en la cuna, para besarme o, cogiéndome, para mecerme mientras me arrullaba con una canción repleta de ternura.

Volví a ver a Graciela.

Yo no estaba conforme con aquel mundo, con el que interiormente comulgaba. Estaba muy lejos de la idea que yo me había forjado de lo que iba a ser el siglo veintiuno para la Humanidad entera. Era un retroceso terrible hacia un pasado lleno de sombras y de dolor. Y, sin embargo, cuando había visto cómo gobernaba mi padre la extensa zona de Europa, cómo trataba a los que llamaba esclavos, cómo comprendía los problemas de todos, no pude por menos de sentirme profundamente enternecido.

Y cosa curiosa, empecé a pensar en Jean Lemain como en un hombre que no era tan miserable como yo lo había imaginado.

Jean Lemain.

Un hombre cuya sentencia de muerte debía haberse cumplido en vez de la mía. Un hombre contra el que yo había prevenido a la Humanidad entera, un peligro concreto que iba a manifestarse de un momento a otro, para que fuera posible aquel mundo del siglo veintiuno en el que había vivido durante quince largos años.

Y ahora, de repente, su triunfo me parecía lógico, porque estaba por encima de la estupidez de los otros, de los egoísmos de los demás, de los estrechos puntos de mira de los que no habían querido creerme, de los que no habían sabido leer la verdad que, sin embargo, debía de reflejarse en lo hondo de mis pupilas.

Ni siquiera Margaret.

Ni siquiera la mujer a la que yo había amado, a la que había convertido en mi esposa, había tenido fe en mí. Por eso me encontré más unido al mundo futuro que estaba ya forjándose, con sigilo, en las manos de Jean Lemain. Y a él le debía yo, lo quisiera o no, los mejores años de una segunda vida que nunca pude soñar que fuese verdad. Aquello sembró la confusión en mi mente y durante mucho tiempo, largas horas, me vi forjando un plan que me pareció la única solución ante el problema que me encontraba.

Porque no deseaba morir.

En el fondo, la vida me era igual. Había sufrido tantas decepciones en tan poco tiempo que la existencia me parecía algo insoportable. Pero ¡maravilla! Yo poseía dos vidas, había nacido dos veces, teniendo por lo tanto una doble posibilidad ya que había encontrado en mi segunda existencia un mundo lleno de ternura, de cariño, a pesar de que no cuadrase con mis propias ideas: Quizá fuera la dulzura del paisaje, la tierna luz de las colinas verdes de Grecia, incluso aquella tierra nevada de Rusia que había visitado con Graciela, el rostro de Alexis Fedor Donarowicht, que nos había tratado como a sus propios hijos.

Sí, un mundo distinto, dispar, inconforme, atrasado. Pero un mundo lleno de calor y de luz para un hombre que, como yo, iba a ser arrancado a la fuerza de otro mundo al que, paulatinamente, sin saber cómo, estaba empernado a odiar.

* * *

No tardé mucho tiempo, en cuanto anocheció, en percatarme de la estupidez de mis guardianes. Era cierto que me habían colocado un centinela que se paseaba incansable por el pasillo que había delante de mi puerta. Pero la ventana del despacho del profesor Isomoto, situada en el primer piso del edificio, daba a un jardín y allí no había nadie, sorprendiéndome de que no hubiera ningún centinela en la amplia extensión de terreno que se alargaba hasta la valla que rodeaba la finca.

No, no quería morir.

Por eso, abriendo con precaución la puerta, en cuanto la oscuridad fue lo bastante para ocultar mi manejo, salté al jardín y empecé a avanzar; primero despacio, luego aprisa; después corriendo, hasta la valla que salté con una agilidad extraordinaria, mientras el corazón me golpeaba inquieto en el interior de mi pecho.

Sabía que tenía que atravesar Tokio, que tenía que llegar, fuera como fuese, hasta la base de lanzamientos donde seguía estacionada la cápsula, con motor propio, dotada de un movimiento especial que le había dado la imaginación y la inteligencia del profesor japonés. Ya no era necesario que estuviese montada sobre un enorme cohete, puesto que poseía energía suficiente para largos viajes, tal y como había explicado Isomoto.

Y yo tenía que llegar allí.

Era mi puerta de salvación, mi salida hacia el futuro, el único camino que me gustaría recorrer, esta vez para siempre.

No me fue nada difícil tomar un taxi, ya que nadie me conocía.

El vehículo me condujo hacia las cercanías de la base, donde le despedí, dirigiéndome luego hacia aquella masa de edificios que conocía tan bien. Como me imaginaba, no había casi ninguna guardia y fuera de un puesto de control, que pude salvar con verdadera facilidad, no había nadie en las grandes explanadas donde se levantaban las altas siluetas de los cohetes envueltos en el complicado andamiaje de sus rampas de lanzamiento.

Cuando estuve cerca de la cápsula, cuando pude tocarla con las manos, las lágrimas brotaron a raudales de mis ojos. Yo seguía, teniendo el medallón en el cuello y con un gesto brusco lo arranqué;

lo lancé al suelo para que jamás, en la época a la que iba a dirigirme, tuviera posibilidad alguna de regresar a este triste tiempo del que quería alejarme para siempre.

Una duda, sin embargo, me asaltó.

Mientras abría la puerta de la cápsula, pensé si iban a reproducirse los mismos fenómenos que la vea anterior. Y al imaginarme que, a medida que el aparato adquiriese impulso que le aproximase a la velocidad de la luz, mi cuerpo sufriría los mismos efectos que en su viaje anterior, me estremecí un poco de pánico, pensando que desde luego valdría la pena volver a nacer una tercera vez.

¿Cambiaría esto algo en todo lo que me había encontrado en el siglo veintiuno?

Era posible que no.

Lo que ocurriría, casi con entera seguridad, sería el que el nacimiento volvería a producirse en el mismo instante en que ocurrió la primera vez. Y si tal cosa se llevara a efecto, yo podría encontrar de nuevo a aquella mujer a la que ahora amaba, como mi propia madre. Pero sabiendo lo que tendría que ocurrir luego, cuando se descubriese demasiado tarde la enfermedad que se la llevó a la tumba, haría lo imposible por salvarla, puesto que ya no tenía que jugar para esconder mi propia inteligencia, mi sentimiento y el deseo de que ella viviese largos años a mi lado.

Todos estos pensamientos llenaron mi corazón de alegría y deseé, con fervor, que las cosas se reprodujeran del mismo modo.

Pero ¿y si no ocurriera así?

Una sensación de dolor me atravesó el pecho.

Yo quería volver a encontrarme en aquel mismo mundo, repitiendo con fruición los quince años que había pasado en la casa de mis nuevos padres. Deseaba que todo aquello se repitiera, segundo por segundo, aunque ahora me gustaría muchísimo más, me sentirla mejor identificado con todo lo que me rodeaba, puesto que haría lo imposible por olvidar el terrible desagradecimiento que había recibido al volver a mi verdadera época.

Penetré en la cápsula.

Una vez sentado en aquel cómodo sillón, sonreí complacido.

Pasara lo que pasara, iba a escapar de un mundo hostil e ingrato. Yo había sacrificado todo, mi matrimonio, mi felicidad con

Margaret, con el único deseo de servir a los hombres, de hacer algo para evitar la lenta y terrible muerte de la Humanidad.

Y ellos me habían escupido al rostro.

Más que eso, querían matarme, aniquilarme, no creyendo en una sola palabra de lo que les había contado de mi estancia en los tiempos futuros. Y por eso deseaba olvidar. Cuando cerré con fuerza la puerta, fue como si hubiera acabado para siempre con el siglo veinte, como si hubiera cortado, de un tajo, aquel invisible cordón umbilical que me unía a los hombres que no habían tenido fe en mí.

Extendí mi mano y apreté los botones que ponían en marcha en dispositivo electrónico de auto lanzamiento de la cápsula.

Momentos después, un silbido agudo me rodeó y supe, con loca alegría, que el aparato se elevaba raudo hacia el cielo, alejándose de una tierra a la que iba a volver para encontrar un profundo cambio en una época en la que el miedo y la cobardía no envenenaban la sangre de los hombres.

Cuando estuve en el espacio, la cápsula sola, por sí misma, debido a su cerebro electrónico, empezó a acelerar. Pero esta vez, al contrario de las otras dos, de idénticas circunstancias, no me sentí angustiado al experimentar aquel rodar vertiginoso a mi alrededor, aquella especie de iniciación en el desmenuzamiento de mi propio cuerpo. Era, por el contrario, una sensación placentera, un gozo íntimo que me llenaba de alegría el corazón.

Poco a poco, mis sentidos parecieron aumentar, recibieron percepciones hasta entonces desconocidas.

Era como si estuviera en comunicación con el Cosmos entero, como si el Universo girase a mi alrededor y me hubiera convertido, de repente, en el centro de todo él.

Luego, la impresión vertiginosa aumentó hasta lo indecible y sentí como si mi cuerpo se fuera desprendiendo, a pedazos, disolviéndose en el medio ambiente, proyectándose, cayendo trozo a trozo, dejando solo mi espíritu en el centro que todavía era capaz de sentir y de percibirse a sí mismo.

Hasta que me hundí, de nuevo, en la blandura nebulosa de la nada.

EPÍLOGO

En cuanto se enteró de la fuga de Peter Cawell, el profesor Isomoto, a pesar de su furor, no pudo por menos de llegar a la conclusión de que no se había equivocado y que, por lo tanto, aquel joven en el que había cometido el error de confiar, les había traicionado, en efecto.

Pronto se le pasó el disgusto, ya que tuvo que salir para Berlín, donde el profesor Kumbell le convocaba con urgencia.

Cuando llegó a la capital alemana, penetrando en el Hospital Central, siendo conducido hasta el despacho particular del profesor Klüber, notó la tirantez de expresión en todos los rostros de los hombres allí reunidos.

Además del germano y del americano, estaba el ruso Ivanowicht y un personaje alto, de rostro aristocrático, al que no conocía. Después de estrechar las manos de los que eran ya sus amigos, Alfred le presentó al desconocido:

—El barón Delafoi —le dijo—. Éste es el profesor Isomoto.

Claude Delafoi sonrió.

—Encantado, profesor…

Y dirigiéndose a los demás, preguntó:

—¿Podemos empezar ya?

Una vez se hubieron sentado, Claude, que había encendido un cigarrillo, miró a los hombres que le rodeaban.

—Vengo en nombre de Jean Lemain —les dijo— que, como ustedes saben, salió rumbo a París hace dos días.

—¿Es cierto que se haya curado por completo de su amnesia? —se atrevió a preguntar el japonés.

La sonrisa se acentuó en los labios delgados de Claude.

—Tan completamente como alguien que nunca ha padecido

amnesia alguna —repuso—. No, no se sorprenda, profesor Isomoto. Sus demás compañeros saben ya la verdad…

El nipón no se atrevió a despegar los labios.

Pero Hans, el germano, al que quemaba la boca una pregunta que ya había deseado formular mucho antes, preguntó:

—¿Y por qué se dirige usted a nosotros y no a los responsables políticos de los Gobiernos de la tierra?

—Prefiero que sean ustedes —replicó el francés— quienes informen debidamente a quien haya lugar. Ustedes son capaces de comprender la gravedad de la situación y, por lo tanto, de forzar a aquellos que, empujados por su estupidez, creyeran que podrían resolver el esto de otra manera.

—Hable —instó Alfred.

—Bien. No crean que voy a extenderme demasiado. Nosotros, los que hemos formado un grupo llamado de los «Príncipes», deseamos que la humanidad se oriente de una forma más conveniente; una forma en la que las jerarquías vuelvan a ser lo que fueron.

»Durante este lapso de tiempo que viene desde finales del siglo XIX, nosotros, los hombres a los que la historia reconoció siempre como aptos para el poder y el mando, hemos sido relegados a un puesto despreciable.

—¡Nadie puede evitar la evolución de la sociedad! —Gruñó el ruso.

Claude clavó en él la mirada fría de sus ojos azules.

—No diga usted estupideces, Ivanowicht…

—Pero…

—Deje que siga hablando. Ustedes saben, tan a la perfección como yo, que a pesar de todo lo que se ha dicho, ha habido siempre una minoría selecta que ha dominado al mundo. Primero fuimos nosotros, luego ustedes, los hombres de ciencia.

Hizo una pausa.

—Sí —prosiguió diciendo—: ustedes fueron, en este siglo, los nuevos aristócratas. La ciencia se elevó a una categoría superior y el mundo olvidó que ustedes no son, a fin de cuentas, más que los siervos de una nueva concepción del mundo.

»Pero dejémonos de divagaciones. Lo que deseo es que hagan saber a todos los Gobiernos de la Tierra que no hay más que una

sola salida para que la “Peste Negra” desaparezca: obedecer nuestras órdenes.

—¿Y cuáles son esas órdenes?

—Primera: desarme general; segunda: nombramiento de un «príncipe» como jefe de cada gobierno; tercera: sumisión completa a cuantas leyes emanen de nuestro grupo.

—¡Pero eso significará un retroceso de cientos de años! —protestó Ivanowicht.

—¡Bah!

Alfred bajó la cabeza recordando las palabras de Peter.

«Voy a contarle algo, señor —le había dicho el joven—. A pesar de lo que han deseado para el futuro, los “Príncipes” han fracasado en su empeño, porque sus descendientes no han sido lo que ellos esperaban. Yo no he encontrado tiranía alguna en el siglo XXI, sino una especie de patriarcado bondadoso. Y es que los hombres no pueden ya, en modo alguno, volver a los moldes rígidos del pasado…».

¡Cuánta razón tenía!

Y ellos lo habían tratado de traidor, desoyendo sus palabras, incapaces de creer en la maldad oculta de jean Lemain.

Delafoi seguía hablando, exponiendo sus teorías, pero Kumbell no le escuchaba. Por fortuna, lo que Peter le había contado daba a su desesperación un poco de esperanza.

Y sin poderse contener, dijo, mirando a Claude.

—Hay algo que usted ignora, señor…

—¿El qué?

—Nunca triunfarán sus ideas. Aunque ahora nos veamos obligados a someternos, el futuro será resplandeciente para la Humanidad. ¿Recuerda lo que nos contó Cawell, profesor Isomoto?

El japonés sonrió.

—Sí; y es, en cierto modo, un consuelo.

—¿Quién es ese Cawell? —inquirió Delafoi.

Con verdadero placer, Alfred le relató, con todo detalle, la formidable experiencia que habían hecho con la intención de encontrar en el futuro la sustancia que curaría la, ahora falsa, amnesia de Lemain.

Claude sonrió.

—Ese joven les ha tomado el pelo —dijo.

—Eso era lo que nosotros, por estúpidos, creíamos —respondió el japonés. Luego, sin dejar de sonreír, agregó—: Pero ahora estamos seguros de que decía la verdad.

—¡Absurdo! Nuestros proyectos son otros.

—Pero se equivocarán lamentablemente. Ya sabemos que ustedes desean establecer una nueva forma de tiranía. Por suerte, los hombres del siglo próximo habrán olvidado tan malos propósitos.

Claude se puso en pie.

—No tengo tiempo para escuchar más fantasías —dijo—. Ya saben ustedes cuáles son nuestras órdenes.

Y espero que las cumplan con la máxima urgencia.

Alfred le miró con fijeza.

—Las cumpliremos, señor. Lo haremos con verdadero placer, ya que ahora sabemos que lo que se proponen, pensando solo en su propio egoísmo, no tendrá el futuro que ustedes esperaban.

Furioso, Delafoi abandonó el despacho, dando un formidable portazo.

* * *

Charles abandonó la sala de reuniones en el fantástico palacio de Alejandría.

Elías Sairapópulos le acompañaba.

—Te llevaré en mi coche volador —dijo Durand.

—Gracias. Y mi más sincera enhorabuena, amigo mío.

Charles sonrió.

—Ahora —siguió diciendo su amigo— hete ahí convertido en el gobernador de toda Europa oriental. ¿Contento?

—Mucho. Deseaba ocuparme de todas esas tierras, llevar más allá de Grecia la influencia de los nuevos sistemas.

—Lo comprendo muy bien. ¿Sabes que el otro día, cuando visité Atenas, todo el mundo vitoreaba tu nombre?

—Son demasiado buenos.

—Es posible, pero los siervos te quieren más que a nadie.

Charles frunció el ceño.

—¿Sabes una cosa? —preguntó.

—¿El qué?

—Que estoy preocupado por los niños de los siervos. No los cuidan demasiado y voy a remediar rápidamente eso. Deseo montar una serie de centros, con médicos y profesores, para que esa raza se mejore.

—No es nuestra la culpa.

—Ya lo sé. Han estado demasiado inactivos en estos últimos tiempos. Las cosechas brotan solas de la tierra, gracias a la aplicación de los «riegos atómicos»; los productos salen de las máquinas sin el menor esfuerzo… todo eso hace que los siervos tengan muy poco que hacer.

—Te veo convertido en un renovador.

—Estoy pensando en muchas cosas, y ya has oído lo que he dicho en la reunión.

—¡Menuda declaración!

—Era necesaria. Jean Lemain concibió algo que, en realidad, era irrealizable.

—Ya he visto que te has atrevido a decirlo delante de sus descendientes.

—No tenía más remedio. Si seguimos olvidándonos de los demás, la vida se convertirá en una carga para todos. Cuando he citado las estadísticas y he demostrado, con cifras, el aumento espantoso de los suicidios entre los siervos, no he hecho más que decir la verdad.

—Así es.

—Hay que volver a las viejas fórmulas del pasado. Los hombres deben volver a trabajar, a tener un incentivo, en su vida, a luchar por los suyos…

—Es curioso que Lemain pensara crear una nueva casta y hacer que las labores recayesen sobre una mayoría que, en realidad, es la que no trabaja.

—Ésa es la triste realidad y el mayor error que cometió Lemain. Él soñaba con una sociedad de castas, pero eso no era ya posible debido al aumento de la técnica. En realidad, somos nosotros los siervos, ya que somos los únicos en trabajar para organizar el bien común.

—Eso es cierto. Pero no te preocupes. Ya has visto que me han dado carta blanca.

—¿Y qué harás?

—Realizar un ensayo gigantesco y demostrar a nuestros jefes que no hay más remedio que volver a las viejas fórmulas: hay que dignificar el trabajo y conseguir que las máquinas dejen de ser el todo.

—Si Jean Lemain levantase la cabeza…

—Me daría toda la razón. A él le cegó un estúpido orgullo, pero era un hombre lo suficiente inteligente para, de estar aquí ahora, rendirse ante la evidencia. Vamos al coche…

—¿Me llevarás a Salónica?

—Sí.

* * *

El coche se posó sin tropiezo sobre la terraza del edificio que Sarapópulos habitaba en los alrededores de la antigua Salónica.

Un sirviente se precipitó hacia los hombres que descendían del vehículo.

—¡Señor! ¡Señor! —exclamó, dirigiéndose a Elías.

—¿Qué ocurre?

—¡Ha nacido, señor!

—¿Eh?

—Sí. ¡Una hermosa niña!

—¡Vamos, amigo!

Penetraron en el interior de la casa, y marcharon con paso apresurado hacia la habitación donde, en un lecho, yacía la hermosa señora Sarapópulos.

Temblando de emoción, Elías se acercó a ella.

—¿Es cierto… querida?

—Sí, mira…

Destapó las sábanas y mostró la niña a su padre.

Éste se volvió, sonriendo a Charles que estaba junto a él.

—¿Te has dado cuenta, Durand? ¡Una niña!

—Mi enhorabuena.

—¡Gracias! Ven conmigo… esto hay que celebrarlo.

Pasaron a un salón contiguo y Elías preparó unas bebidas.

—Estaba esperando un descendiente con ansia, Charles —le dije a su amigo—. ¡No sabes lo preocupado que estaba con este horrible fenómeno de esterilidad que ha caído sobre nosotros! ¡Oh, perdona!

Charles sonrió.

—No te preocupes, Elías. Es otra de las verdades que sería estúpido ocultar. El día que rompamos esa absurda idea de castas, el día en que un hombre pueda casarse con una mujer sin necesidad de ser de su misma clase social, volveremos a tener hermosos y numerosos hijos.

—Otro error de Lemain, ¿verdad?

—Sí. Pero no importa. Lo triste es que los hombres tengamos que pagar los errores cometidos por las generaciones que nos precedieron. Es la única cosa que me duele de verdad.

»Si nuestros antecesores pensaran en el futuro, miles de cosas malas se evitarían; pero el hombre ha sido siempre muy egoísta y sus preocupaciones no han salido de su propia generación.

»Nosotros no cometeremos ese error, Elías. Te lo aseguro. Ha sido muy fuerte la lección que hemos recibido y sabremos hacer las cosas pensando en un lejano mañana.

Bebió el contenido del vaso que el otro le había dado.

—Ahora me voy a casa.

—¿Vendrás con tu esposa a ver a la niña?

—Sí. ¿Cómo piensas llamarla?

—Graciela.

—Bonito nombre. Hasta la vista.

—Adiós.

* * *

Mathías no pertenecía al mundo de los demás; en realidad, con sus ochenta años, seguía siendo un rebelde, un hombre aparte, incapaz de encerrarse, como los otros, en una ciudad o ni siquiera en una casa.

Amaba la libertad.

Por eso, y gracias a la bondad de su amo, el poderoso Charles Durand, había conseguido que le dejaran cuidarse de un pequeño rebaño, contento no sólo por él, sino por los animales que, a diferencia de los encerrados en las ciudades, sometidos a una nutrición científica, vagaban, como él, por las peñas y los riscos de una región que los siglos habían guardado con idéntico aspecto que en el más remoto pasado.

Era feliz.

Lo más interesante para él era su propia libertad y aquella soledad que tanto le complacía.

Poco le importaba tener que guarnecerse entre las rocas, soportar las tormentas y las lluvias o resistir el calor en las llanuras y los valles. Siguiendo a su pequeño rebaño, Mathías se extasiaba en la contemplación de cuanto le rodeaba como si fuera aquélla la primera vez que le era dado contemplarlo.

No le pesaba en absoluto su edad y llevaba sus ochenta años con una agilidad en verdad sorprendente. Incluso su rostro, atezado por el sol, ofrecía una, piel alisada y casi sin arrugas.

De niño, Mathías había estado junto a sus padres, sirviendo ya en la mansión de los Durand. Conocía a todos ellos, pero se había sorprendido al descubrir que Charles no se parecía en absoluto a ninguno de sus antecesores.

Era realmente distinto.

El viejo pastor estaba seguro de que aquel hombre bueno no era feliz. Se preocupaba demasiado por los demás y, por otra parte, y esto lo había leído en los ojos de su amo, estaba triste por la desdicha de no haber tenido un hijo.

Cada vez que una oveja paría, Mathías se preguntaba cómo habían hecho los hombres para cambiar tan profundamente las hermosas leyes de la naturaleza. No había problema alguno en los animales y siempre había sido así.

Por el contrario, los hombres parecían haber querido cambiar el curso de las cosas y habían pagado por ello un alto precio.

¡Él lo comprendía a fondo!

No podía ser bueno el haber dado órdenes a la tierra para que ésta produjese aquellos monstruosos frutos, en muchas más cosechas que las naturales, y de las que el pastor no probaba nunca.

Él sólo se alimentaba de leche y carne de sus ovejas.

* * *

Suspiró mientras bajaba la ladera, detrás de sus animales.

Fue entonces cuando oyó el silbido.

Levantando la cabeza, vio el objeto que descendía suavemente del cielo. Al principio, sin saturarse lo más mínimo, creyó que se

trataba de uno de los coches voladores de su amo. Incluso pensó, como había ocurrido algunas veces, que Charles venía a hacerle una visita y a charlar con él en intimidad.

Pero no, aquello no era un coche volador.

Era brillante y tenía una forma curiosa; además, seguramente para no caer de golpe, emitía unos chorros de vapor que terminaron por asustar a las ovejas, aunque Mathías no se movió de su sitio sabiendo que los animales no podían perderse.

Momentos después, la cápsula se inmovilizaba sobre el suelo.

Mathías se acercó a ella, no sin cierta prevención; pero apenas estuvo a un par de metros del brillante y extraño objeto cuando, de repente, parte de él giró, descubriendo su interior.

El pastor se acercó, movido por la curiosidad.

Cuando vio al niño, una exclamación de asombro se escapó de sus labios. Permaneció unos instantes sin saber lo que hacer; después, decidido, extendió los brazos y se apoderó, con cuidado, de la criatura que, por su aspecto, parecía acabar de nacer.

Por un momento, con el niño en los brazos, Mathías miró con desconfianza a la máquina.

¿Era que los hombres se habían atrevido a…?

Pero no, era imposible.

Y cuando apenas se había alejado unos metros, la máquina cerró su puerta metálica y un chorro de vapor brotó de su base, al mismo tiempo que se elevaba a gran velocidad.

Mathías la siguió con la mirada hasta que hubo desaparecido por completo. Luego, con una sonrisa en los labios, pensó en el gozo que un par de personas iban a tener cuando les llevase el bebé.

Y echó a andar hacia la casa de su amo.





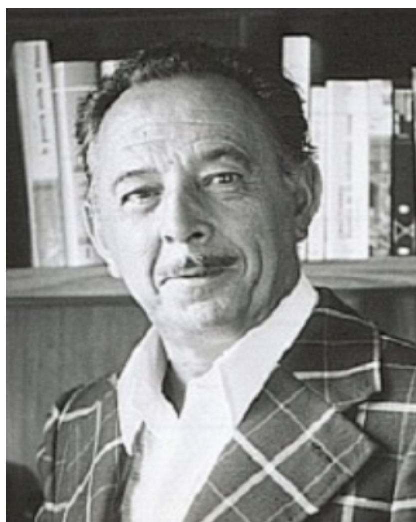
próximo número:

La Tierra se convirtió en un campo de batalla donde seres espaciales luchaban...

CAMPO DE BATALLA

Clark Carrados

Precio: 8 ptas.



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.